



ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Au' res temps mêmes moeurs.

OCHO DIAS DE REINADO

O LA VERDADERA HISTORIA DE MASANIELLO.



Retrato del virey de Nápoles, duque de Arcos.

XV.

(Continuacion).

Solo el feroz Luzzaro y la compañía de la muerte resistían el impulso general, y sospechando una traición en el pescador y en el jurisconsulto, acechaban con aire sombrío y feroz el momento en que volviese á comenzar la guerra entre los abrazos de la paz...

25 de Setiembre de 1853.

¡Deseo cruel y sangriento que iba á quedar satisfecho bien pronto!...

El duque de Arcos que habia salido de Castel-Nuovo, con la puzzoliana elegantemente vestida y en una carroza, (porque el pueblo pidió aquella satisfaccion ejemplar), se adelantaba tambien á la cabeza de los nobles y de lo mas escogido de su guardia. Cuando llegó á la plaza del Carmen á unos cien pasos de Masaniello, uno de los capitanes se dirigió á caballo y sin armas á recibir al pescador, y en nom-

TOMO XI. 25

bre del virey le manifestó el placer que tendría en reunirse con él... «Por mas conmovido que estuviere, al aproximarse á su muger, recobrada despues de tantas angustias, dice Giraffi, Masaniello recibió el mensaje con mucha gravedad y casi con altanería. Respondió muy pocas palabras, pero con juicio y oportunidad. Algunos dias de poder supremo bastan á veces para elevar el carácter mas humilde, y para dar cierto aire de distincion aun al hombre de menos talento y educacion. Los genios incultos como el del napolitano: jamás esparcen mas resplandor, que cuando se hallan próximos á extinguirse...»

Escuchemos al testigo ocular de este grande drama, «Masaniello se detuvo é hizo seña al pueblo para que prestase atencion, y en un instante la innumerable multitud que ocupaba la plaza se quedó silenciosa é inmóvil como por encanto. Al punto el pescador se puso en pie sobre su caballo, y en voz alta y animada pronunció este discurso:

«Amado pueblo, demos gracias á Dios!... Elevemos hacia él eternos y alegres gritos de reconocimiento por habernos hecho reconquistar nuestra antigua libertad!... ¿Quién de vosotros hubiera creído semejante cosa?... Parece un sueño ó una fábula, y sin embargo ya veis que es una realidad!... (y besando la cruz que llevaba al cuello, prosiguió): sobre todo tributemos infinitas gracias á la bienaventurada Virgen del Cármen, nuestra patrona, y en seguida al excelentísimo señor cardenal, nuestro pastor!... Veamos pueblo amado, quiénes son nuestros señores!... respondió conmigo:

—«Dios y Nuestra Señora del Cármen!...

«Y la multitud repitió á una voz: Dios y Nuestra Señora del Cármen!...

—«Luego el rey Felipe de España!... continuó el dictador, el cardenal Filomarino y por último el duque de Arcos que acaba de romper nuestro yugo!...

«Y el pueblo volvió á repetir como un eco fiel, los nombres que habia pronunciado su ídolo y su gefe....

«Este volvió á colocarse en la silla é hizo una pausa: sacó del bolsillo de su magnífico vestido los privilegios del rey Fernando y del emperador Carlos V, las pragmáticas firmadas por el virey y el consejo, y volviéndose á poner de pie sobre su caballo y alzando la voz:—Hémos ahora aquí continuó, aliviados del peso que nos abrumaba. Están abolidas todas las gabelas.... habeis recobrado las franquicias concedidas por el rey Fernando, de feliz memoria, y por el grande emperador Carlos V. En cuanto á mí, que os las he hecho devolver, nada quiero; no ambiciono mas que vuestra felicidad!... El excelentísimo arzobispo sabe muy bien la rectitud de mis intenciones, porque se la he jurado mas de mil veces!... Sabe tambien mi desinterés, porque desde el principio de nuestra justa revolucion, su eminencia, en su ardiente deseo de mantener la calma, me ofreció 200 escudos mensuales de sus propios fondos, durante mi vida, si queria renunciar y haceros renunciar á vuestras pretensiones.... Pues bien, siempre he rechazado esa oferta dándole las gracias de lo íntimo de mi corazón. Si su eminencia no me hubiese recordado, hace una hora, las imperiosas leyes de la etiqueta y no me hubiera atemorizado con la terrible amenaza de una excomunion, seguramente jamás me habria puesto el traje que llevo con harto pesar mio, y nunca hubiera abandonado el sencilló vestido de pescador.... Porque, sabedlo, quiero vivir y morir en la misma, con-

dicion en que he nacido!... Despues de la pesca de nuestras franquicias en el borrascoso mar de esta ciudad afligida, volveré á emprender entre vosotros mi antiguo oficio, y á vender mi pescado, sin haberme enriquecido ni aun con un alfiler!...»

Aquellas sublimes palabras respiraban tan admirable conviccion, que todo el pueblo prorumpió en llanto, y el mismo duque de Arcos y su émitiva, y aun la duquesa y su hija no pudieron contener su enternecimiento.

Solo se sonreía Genovino con su blanca barba, mientras Luzzaro se mordía su negro bigote.

—Sin embargo, concluyó Masaniello, tengo que pedir os una gracia, pueblo fiel, un solo favor que os suplico me prometáis....

—Hablad, hablad, gritó la multitud electrizada como un solo hombre....

Y reinó en la espaciosa plaza tan profundo silencio que se oía el ruido que formaban las olas al estrellarse en la playa.

—La gracia es, continuó el pescador con solemnidad, que os acordeis del pobre Masaniello en vuestras oraciones, que cada uno rezeis una *Ave María* por mi alma cuando haya muerto, que me sepultéis con la cruz del Cármen, enséñe de mi gloria y prenda de mi salvacion. He ahí toda la recompensa que reclamo.... ¡He ahí el testamento de vuestro rey de cinco dias!... ¿Me jurais cumplirle, pueblo amado?...

—Sí, sí, lo juramos, respondió la inmensa voz de la multitud ahogada con los sollozos.... Todas las mañanas y las noches rogaremos por que vivais cien años.

—Gracias, amadísimo pueblo, estamos pagados, dijo Masaniello poniéndose ambas manos sobre su corazón.

Y volviéndose á colocar en la silla, se encaminó á la iglesia entre el ruido de las campanas y de las aclamaciones.

El virey y el pescador debían cangear sus prisioneras en un espacio preparado al efecto en medio de la nave del templo, á los pies de la patrona de Nápoles.

Ya habia echado pie á tierra Masaniello con la duquesa y María de Arcos, cuando llegó el duque dando la mano á la Puzzoliana.

Imposible nos sería representar fielmente la emocion de aquella escena, y el brillante efecto de aquel golpe teatral.

Recordad, ó si gustais, volved á leer el primer artículo de esta historia. Nos hallamos en la misma iglesia y al pie de aquella misma imagen de la Virgen, en donde se encontraron las dos Marias al llevar sus ofrendas á la madre de Dios. Pero desde entonces ¡cuántos acontecimientos habian ocurrido, y qué diferencia de una á otra entrevista!...

El primer día, las dos peregrinas estaban solas al anocheecer en la nave desierta, oscura y silenciosa. La una oraba por su prometido, con una flor en la mano, y la otra por su marido con unas frutas en su delantal: y sus almas puras y castas adivinándose y abriéndose á la primera mirada, se confiaban dulcemente á las plantas de la patrona sus misteriosos proyectos y su pacto religioso.... Ambas se hallaban penetradas de dolor y oprimidas de inquietud.... y la rica desconocida cambiaba con la humilde pescadora una ventura amenazada por una felicidad esperada, y una alhaja de infinito valor en la tierra, por una novena de mucho precio para el cielo.... Se separaban sin preguntarse su nombre entre los hombres, contentas con saber que se llamaban *María* delante de Dios: *María* de Arcos, recibien-

do de María Aniello la esperanza del porvenir con una oración del corazón: y María Aniello recibiendo de María de Arcos el júbilo de toda su vida con el precio de su casa de Amalfi....

Ahora vuelven á encontrarse iguales, y aun la pescadora superior á la hija del duque, ambas con trages régios en medio del día y de la ciudad regocijada, en la iglesia perfumada con el incienso, entre la magestuosa melodía de los cánticos sagrados, el ruido de las campanas, de los vitores y de las armas, y en presencia de lo mas elevado del gobierno, la nobleza, el clero y el pueblo. Son la prenda duplicada de la pacificación de un reino, y del reposo de cinco millones de hombres. La una ve con un riquísimo vestido bordado de plata, condecorado con la cruz del Cármen y postrado Nápoles á sus pies, al marido para quien pedia salud para adquirirse su sustento, y al que la entrega triunfalmente el virey que podia hundirlos con sólo un gesto.... La otra ve á su ilustre padre, caído como ella, ocupar un lugar inferior al de aquellos á quienes habia dado de limosna una alhaja.... Sin embargo, ¡qué felicidad y qué gloria para las dos, si la primera nada tenia que temer de la segunda, ni ésta nada que echar en cara á aquella!... Pero (y aqui está el drama sin ejemplo) la que habia recibido de la otra por una sencilla oración, la alegría, la dicha y la existencia, la habia pagado, sin saberlo, con el martirio, la ignominia, y casi la muerte!... y no habia reconocido á su bienhechora hasta en el momento de ver la víctima de su marido!... ¡Y aquella bienhechora iba á reconocerla á su vez en la muger de su verdugo!... Y eso delante de Masaniello, delante del duque de Arcos, delante del arzobispo y delante de todas las personas distinguidas, y del pueblo de Nápoles.

¡Juzguen ahora nuestros lectores, la palidez, los remordimientos y el terror de la Puzzoliana cuando se adelantó conducida por el virey á donde se encontraba María de Arcos con el pescador!

¡Figúrense el asombro y la admiración de María de Arcos, cuando vió en la muger que cangeaban con ella á la peregrina cuya dulce imagen vivia en su corazón, y en el esposo de aquella muger, en el hombre á quien habia devuelto la felicidad y el hogar de sus abuelos, al rebelde que espació por Nápoles el incendio, la muerte y la desolación, el enemigo, que por poco reduce á polvo la corona de su padre y le priva de la vida, el verdugo desapiadado que la habia paseado con su madre, vestidas de aldeanas, en una carreta ignominiosa, el carcelero que habia atormentado, envilecido y ultrajado á su misma vista al querido de su corazón, cuya cabeza apenas habia podido librar de las garras de aquel tigre sediento de sangre, por un esfuerzo sobrehumano de amor y de fidelidad!...

¡Y sobre todo, imagínense, si es posible, el golpe fatal que recibieron el cuerpo, el alma, todas las facultades y todos los sentimientos de Masaniello, cuando en medio de las exclamaciones de su muger y de María de Arcos, el grito revelador y la mano vengadora de ésta, el desmayo de ambas y la emoción de cuantos las rodeaban, el desgraciado recordó por fin la aventura del Cármen, la peregrina desconocida, sus pendientes, la casa de Amalfi, comprendió la carta misteriosa y desesperada de su esposa, y midió en su horror y su infamia la enormidad del crimen de su ingratitude y de su crueldad!...

Esos efectos no puede copiarlos fielmente ninguna pluma, y apenas sería suficiente toda la mágica ilusión del teatro y la habilidad de los actores.

Después de las entrecortadas palabras que hicieron brillar la horrible verdad á los ojos del pescador y de María de Arcos, las dos mugeres cayeron desmayadas, lanzando la primera un grito de dolor, y retrocediendo la segunda asustada.... Los amigos del virrey se llevaron á su hija por un lado, y los de Masaniello á la Puzzoliana por el otro.... un rumor y un tumulto formidable comenzó en la iglesia.... la multitud se agitaba como las olas del Océano encrespadas por la tempestad.... iban, volvían, se empujaban y todos se preguntaban y respondían al azar. El cardenal y los caudillos del pueblo acudieron desde el altar mayor, y la imponente ceremonia se habria convertido en un caos espantoso, si el duque de Arcos y Genovino, resueltos á conseguir el objeto que se habian propuesto, no hicieran esplicar desde el púlpito que aquel accidente no tenia ninguna importancia, que el calor y el cansancio eran las causas que le habian producido, que las dos prisioneras quedaban ya libres por el cange, y que se iba á promulgar y jurar la capitulación.

XVI.

EL REY LOCO.

Por fin, restablecida la calma, se anunció que las dos mugeres estaban en seguridad, la una en Castel-Nuovo y la otra en casa de su marido. Masaniello, que habia permanecido como sordo y mudo durante el desorden, volvió á levantar la cabeza, abrió los ojos cuanto pudo, miró en derredor suyo como hombre que procura recordar un sueño, y se dejó conducir por el arzobispo con la docilidad de un niño, al estrado en donde el prelado le hizo sentar á su derecha enfrente del dosel ocupado por el virey y por su corte.

—¡Los pendientes!... ¡la peregrina desconocida!... ¡la casa de Amalfi!... eran las únicas palabras que articulaba sin encontrar su sentido.

—¡Daos prisa, eminentísimo señor, dijo Genovino en voz baja al cardenal, *Masaniello se volverá loco antes de una hora.*

—¡Justo cielo.... qué decís!... exclamó el arzobispo.

Y se volvió con viveza, observó al pescador y se estremeció al ver su aspecto.

Al momento hizo una seña con la mano, y el consejero Cappola, secretario general del reino, leyó en alta voz los artículos de la capitulación. La multitud saludaba con una aclamación cada franquicia que la era devuelta; pero el pescador, saliendo poco á poco de su estupor, comenzó bien pronto á interrumpir las frases con comentarios y juramentos pronunciados afortunadamente con voz muy débil y reprimidos por los gestos del cardenal.

Concluida la lectura, el elegido ó diputado del pueblo, se aproximó al virey, le dió gracias en nombre de la ciudad de Nápoles, y le rogó que sancionase la nueva carta con un juramento solemne. Entonces el duque de Arcos, de pie, y puesta la mano sobre los Santos Evangelios que le presentó el arzobispo, juró, en medio del mas profundo silencio, observar las condiciones estipuladas y activar la aprobación del rey de España. Los consejeros y dignatarios repitieron

aquel juramento unos despues de otros, y el cardenal entonó magestuosamente el *Te Deum*, al que la multitud contestó á una voz dentro y fuera de la iglesia.

¡Espectáculo admirable y sublime que iba á ser turbado bien pronto! Despertado por el ruido de los cánticos, del órgano y de las campanas, Masaniello se puso de pronto de pie con la espada desenvainada en la mano, y contempló despavorido el cuadro encantador que le rodeaba. Las aclamaciones que le dirigió el pueblo, y el honor que le dispensaron las autoridades levantándose al mismo tiempo que él, parecieron dar el último golpe á su cabeza trastornada.

—¡Vil rebaño!... gritó dirigiendo á la corte del virey una sonrisa sardónica.

La compañía de la muerte, que fué la única que le oyó, le contestó con una salva de brayos.



Masaniello conduciendo á Maria de Arcos al Carmelo.

Pero pasando de un extremo á otro, el dictador prosiguió con cólera:

—¡Respetad el lugar santo, miserables!...

Y si el arzobispo no hubiera detenido su espada, habria degollado al centinela que tenia mas cerca.

Entonces se arrodilló temblando á los pies del prelado, y los abrazó con lágrimas implorando su perdon.

Aquellos extraordinarios incidentes pasaron desapercibidos para la multitud, pero los dignatarios se decian al oido: *el pescador se ha vuelto loco.*

Un instante despues se levantó y llamando al secretario del arzobispo, le envió á decir al duque de Arcos, que conservaba el gobierno de la ciudad, que necesitaba una guardia de honor á su puerta, que se licenciase el ejército, se arrojase á los nobles de sus palacios, y otras cien estravagancias de la misma especie, á que el virey, procurando ocultar sus temores, y casi sin escuchar, respondió con presteza: «Si, señor Masaniello, todo lo que gusteis.»

En fin, el último cántico se perdió en el espacio, y el último mensaje del pescador en el movimiento de la partida.... cuando arrojándose del tablado y abriéndose paso con la espada, Masaniello subió la escalera del púlpito y gritó con voz fuerte:

—¡Detente, pueblo fiel, y escucha el último adios de tu jefe!

Luego, en un largo discurso de grande incoherencia, en que mezclaba periodos de una verdadera elocuencia con los arrebatos mas inauditos, tomando las apariencias de un inspirado, y pasando desde la modestia de los ángeles al orgullo de Satanás, habló de la multitud, de la nobleza, del rey, de sus servicios, de las gabelas, de los arrendatarios, de los bandidos, del duque de Maddaloni, de un encuentro de dos peregrinas, del desmayo de la Puzzoliana, de Maria de Arcos, que le esperaba, de su felicidad en su casa de Amalfi, de la necesidad de permanecer armados, etc. etc.

—Si, amado pueblo, añadió con tono profético y gesto imponente; escucha el último consejo de mi amor, y conserva tus armas hasta que vuelva el tratado firmado por Felipe IV. Esta fiesta pomposa y ese juramento sobre la Biblia, no son tal vez mas que un ardid de la traicion. Desconfiad de los consejeros, de los *gabellieri*, y sobre todo de los nobles que son tus enemigos mas encarnizados. Ya veis á qué estado me han reducido y lo que he llegado á ser por ellos y por vosotros.... un esqueleto que solo conserva la piel sobre los huesos.

Y desgarrando su magnifico traje arrojó los pedazos al auditorio, descubrió su pecho y sus brazos, se quitó los greguescos ó calzones y enseñó sus descarnadas piernas.

Ecce homo, dijo parodiando el Evangelio; *consumatum est*. ¡Pueblo adorado, perdono á mis verdugos y os bendigo! Pero sabed que mi muerte será la señal de vuestra ruina: si los traidores han acabado conmigo, mañana volved á caer sobre ellos como un rayo, llevadlo todo á sangre y fuego, reducid á cenizas esos palacios odiosos, y á esos mendigos de arrendatarios henchidos con vuestra sustancia.... ¿Me lo jurais, pueblo fiel?

¿Quién sería capaz de pintar el efecto de semejante discurso? La multitud, despues de haberla parecido asombroso, la calificaba de sublime; en donde los nobles veian el delirio, reconocia la inspiracion del cielo. Pateaba de entusiasmo y floraba de enternecimiento. Hubiera querido arrebatar á su rey, y llevarle en triunfo en el púlpito. La compañía de la muerte y todos los sicarios, aullaban de furor y hacian prorumpir en alaridos á todos los demas.

—¡Si, lo juramos, mueran los traidores!

El virey, los señores y los dignatarios, viéndose entre un loco y una manada de feroces tigres, palidecian y temblaban; corriales por la frente un sudor frio, y esperaban ser degollados en la misma iglesia á la menor señal del demetido pescador.

Felizmente para ellos se volvió el viento y Masaniello concluyó de este modo:

—¡Silencio, pueblo ilustre!... ¡respeto al santuario!... Os recomiendo á una muger á quien debeis honrar como á la Virgen, á un ángel que es preciso bendecir é implorar de rodillas; á Maria de Arcos, la hija del virey, la peregrina del Carmen que da sus joyas á los pescadores y no les exige mas que oraciones; pedidla perdon de haberla ofendido, pues está llena de gracia y de dulzura.... Formadla una

muralla con vuestros cuerpos, un escudo con vuestros fusiles, y una alfombra con vuestras capas.... esparcid por el terreno que haya de pisar, las frutas y flores de vuestros jardines.... besad su huella querida como yo beso esta imagen de la Virgen á quien representa.... Que cada una de sus lágrimas sea rescatada con una sonrisa de su boca adorable.... Venerad, por consideracion suya, á su padre, su madre, su familia, su prometido, y á todos los que ella ama en este mundo....

Y hablando de este modo se arrodilló en el púlpito, juntó las manos, se golpeó el pecho y derramó un llanto tan amargo y sincero, que todo el auditorio prorumpió en sollozos....

Aquella diversion calmó al pueblo inconstante, y salvó á la nobleza y á los dignatarios.

Por último, Masaniello abandonó con precipitacion el púlpito y corriendo á postrarse á los pies del arzobispo:

—Padre mío, le gritó fuera de sí y sollozando, absolveme de todo el mal que he hecho á María de Arcos, ó mas bien mandadme ahorcar ó despedazar en la rueda, para que con ese suplicio alcance la gracia de Dios, y la salvacion de mi alma.

El cardenal no pudo contener sus lágrimas y volvió la cabeza... la ternura y la compasion sucedieron al terror: los concurrentes levantaron á Masaniello y le rociaron con agua bendita, y la multitud aplaudia con frenesí, porque creían que le honraban y que se sometian á él.

Bien pronto el desgraciado dió señales de recobrar los sentidos, y viendo que el duque se apresuraba á partir con su comitiva, le alargó con gravedad la mano, y le condujo por en medio de la muchedumbre.

—Dejadnos, señor Masaniello, dijo el virey: vuestra obra ha concluido, id á descansar.

—¿Descansar?... ¿Y mi pueblo? ¿No soy siempre su gefe?

—Sin duda alguna, le respondió el duque de Arcos: os confirmo el empleo de capitán general, y os concedo en nombre del rey, el título de conde de San Giorgio.

Y en efecto, le entregó el despacho preparado de antemano, y le puso al cuello una cadena de oro de valor de 5,000 escudos.

La multitud volvió á aplaudir, pero el pescador, quitándose la cadena y rompiendo el despacho, exclamó:

—¿Fuera esos oropeles! ¡empañarían mi cruz del Carmen!... no soy mas que un pescador, y quiero morir como tal...

La multitud aplaudió mas que nunca.

—¿Creeis, dijo el insensato, que yo tengo necesidad de un título para reinar en Nápoles? Vais á juzgar acerca de mi poder...

—¡Silencio! ¡lado al virey! gritó entonces á las masas turbulentas é impenetrables.

Y cesó el ruido en la iglesia, y las compactas filas se abrieron hasta la puerta.

Cuando llegaron allí, el pescador y el duque se encontraron frente á frente, con otra multitud mas numerosa y agitada.

El primero montó á caballo, y sin pronunciar una palabra se puso el dedo sobre los labios, é hizo la señal de dejar libre el paso.

En el mismo instante se oyó un confuso rumor, y el virey, lleno de asombro é impresionado por aquel prestigio eléc-

trico, abrazó al loco, á cuya presencia se veia anonadado:

—Bajo pena de muerte, dijo el dictador, ordeno que todos se retiren, y que no quede nadie en esta plaza.

Cien mil hombres se pusieron en movimiento como un torrente silencioso, y el terreno quedó libre y desierto hasta la playa del golfo.

—Ahora, idos, dijo el pescador despidiendo al duque con magestad. Y la régia comitiva desfiló hácia Castel-Nuovo por la gran plaza del mercado. Allí dió un grito el pueblo y se detuvo delante de la pequeña casa de Masaniello. Conducida por sus tenientes, la Puzzoliana se asomó á la ventana, pálida como la víctima arrastrada al altar, y el duque y su escolta la saludaron con el mismo respeto que á la vireina de Nápoles.

Un page, colocado en la última fila, fué el único que tuvo la imprudente imprevision de no descubrirse, pero cual si le hubiese herido el rayo, cayó atravesado de una estocada.

¿Y quién era el asesino? El mismo Masaniello, que llegó en aquel instante al galope, cubierto con sus plateados girones, mas frenético y terrible que nunca.

Tales eran los resultados de la famosa capitulacion: la Puzzoliana y María de Arcos heridas en el corazon; el vendedor de pescado herido en el corazon y en el cerebro; la farsa del privilegio de Carlos V convertida en horrorosa tragedia; el duque y sus amigos arrancados á duras penas de la muerte; el incendio y la matanza mas inminentes que jamás; la suerte del reino entregada al azar, y la capital gobernada por un loco, tanto mas temible, cuanto que su influencia renacia con su misma locura, en que el pueblo estaba muy distante de creer, y que los malévolos miraban como una vuelta á la razon.

Así fué que el pescador encontró á su puerta á Luzzaro y la compañía de la muerte, contentísimos de volver á ser sus consejeros y verdugos. Pusieron el colmo á su delirio, y volvieron á excitar todo el furor de la plebe con una ovacion, cuyos gritos sanguinarios acababan de anular la capitulacion.

XVII.

EL ÚLTIMO COMPADRE.

Otros dos hombres la anulaban tambien en una conferencia: Genovino y el *taglia-topi*, reunidos en casa del primero.

—Pues bien, decia Basilo, ¡he ahí una *rata* inesperada! ¡Masaniello loco!... ¡No faltaba mas que eso á los napolitanos!

—¡Esa será su última convulsion! respondió el jurisconsulto: *Quos vult perdere Jupiter dementat*: tanto peor para los que se dejen pulverizar. Por lo que á mí toca, mi negocio ya está concluido y me lavó las manos: voy á reunirme con mi compinche el duque en Castel-Nuovo. No tiene que hacer mas que dejar que la revolucion acabe de hervir en su jugo, es decir, en la sangre y las llamas... Cuando el pueblo haya quemado y muerto á todos los nobles, el virey volverá á subir tranquilamente á su trono, y yo ocuparé el banco de terciopelo de la Sumaria.

—El virey dará la voltereta, señor Genovino, y presidireis, no la Sumaria, sino otra... respondió Basilo quitándose la máscara y sacando unos papeles.

—¿Qué queréis decir?... exclamó el ambicioso deslumbrado.

—Que vencedor ó vencido, el duque de Arcos se halla ya perdido sin remedio, y que vos sois digno de ser mi confidente, pues que seréis capaz de servirme de cómplice, como lo han decidido su alteza real don Juan de Austria, y su excelencia el conde de Oñate, futuro triunfador y futuro virey de Nápoles...

Y entregó á Genovino las cartas que esplicaban todo el complot de que era el humilde instrumento contra el mismo sabio, mientras había secundado al pescador y al duque, contra estos y el duque de Guisa, y en fin, contra el virey que debía ceder el puesto á su rival.

—¿Queréis presidir las Sedilas? añadió Basilo sonriendo, mientras que el legista admiraba el plan sublime de sus nuevos compadres.

—Quiero abrazarte, *amigo carísimo*, respondió el anciano con efusión. ¡Vive Dios! jamás olvidaré semejante servicio... ¡iba á agarrarme á una rama podrida! ¡Vivan don Juan y el conde de Oñate, y abajo el duque de Arcos!... yo me encargo de precipitarle como amigo: puedes informarlo así á su sucesor...

—Eso es justamente el papel que se os ofrece. El hombre que tan bien le adivina le desempeñará mucho mejor: ya os avisaré cuando se acerque la escuadra y su alteza. Chatillon y Guisa deben haber sido muertos ó presos en Ischia, y quizá mañana mismo veremos ondear el pabellon de Castilla delante de esas murallas... Entonces será el momento de dar el golpe decisivo... Ahora id á Castel-Nuovo, y hasta la vista, *señor presidente*.

Genovino corrió á casa del virey, y Basilo á los almacenes de la pólvora.

VIII.

RAYO DEL CIELO EN EL INFIERNO.

Después de los sacudimientos que habían trastornado la cabeza y el corazón de Masaniello, se concibe muy bien que la peripecia del Carmen debía acabar de turbar su razón. ¡Cuántas ilusiones habían desaparecido en el espacio de seis días para aquella alma sencilla y generosa!... ¡Había creído sacar de la abyección y salvar á su país, y le deshonoraba y perdía consigo mismo! ¡Había creído vengar á su familia y á su muger, y su venganza la compraba á muy subido y odioso precio!... ¡Había creído ganar una buena causa con un combate noble, inmortalizándose como libertador de su patria, y había llegado á ser un jefe de incendiarios y de asesinos, y un instrumento de mezquinas ambiciones y de invasión estrangera!... ¡Había creído devolver á Nápoles la abundancia y la seguridad, y había convertido la ciudad en una hoguera y un cadalso!... Había sacrificado su reposo y su felicidad, su casita de Amalfi, soñando volver á ella glorioso y puro como Cincinato, y bendecir hasta su muerte al ángel desconocido que le había proporcionado tantos gozes y alegrías, y no solo veía desvanecerse aquel reposo, aquella felicidad y aquella gloria, sino que en el infierno que reemplazaba al hogar de sus abuelos, volvía á encontrar aquel ángel de su salvación aplastado bajo sus pies de demonio...

¡Ah! ¡si hubiese brillado todavía un relámpago en la

tempestad de su cerebro, cuán amargamente habría llorado el haberse metido en aquel cilindro de las revoluciones, que reduce á polvo y consume enteramente á los que se atreven á poner en él un solo dedo!...

Llevada desde la iglesia á su casa del mercado, como ya hemos dicho, la puzzoliana, al volver á abrir los ojos, buscó consuelo en el recuerdo de su esposo. Pero los objetos en que podía fijar sus miradas no eran á propósito para calmar su vergüenza y su dolor. La misma miseria que antes de su partida, y aun todavía mas triste por un espantoso desorden, y por aquella mezcla de oro y de plata, de ricas telas y de preciosos muebles, que ya hemos descrito mas arriba, tal fué el espectáculo que sumió en la desesperacion á la pobre muger. Sobre algunas de aquellas piezas que examinó con espanto, reconoció los nombres de las familias mas veneradas, las armas de muchos de sus señores y bienhechores, vió en ellas hasta manchas de sangre, y lanzando un grito se precipitó hácia la ventana... Allí, nuevo horror... vió enfrente y en derredor del trono de Masaniello, clavadas todavía en las estacas, cubiertas de mancha de sangre negruzca, lividas, espantosas, desgredadas e infectas, las cabezas de Carafa y de los cómplices de la traición de Perrone... Habíase vuelto loca al mirar semejante cuadro, si no se hubiera refugiado en un gabinete, en donde cayó de rodillas á los pies de una imagen de su patrona la Virgen del Carmen, con que el pescador había adornado el lecho nupcial el día de su enlace, y á la que ambos habían implorado nueve noches consecutivas, por la otra María, su ángel tutelar y su víctima...

Sin embargo, no se encontraba mas que al principio de sus espiaciones. Al cabo de una hora oyó gritar: ¡Viva Masaniello!... ¡Honor á la vireína!... y se encontró rodeada de los desenfrenados soldados de su esposo quienes la abrumaron con sus feroces homenajes. Ellos fueron los que la sacaron á que recibiese los saludos del duque de Arcos y de su comitiva, y la obsequiaron con canciones sediciosas y gritos de exterminio... En fin, respiró al ver á su marido, pero en que estado, ¡justo cielo!... ¡Estenuado, con la mirada vagorosa, el vestido hecho giras, llevado en triunfo por la compañía de la muerte, y ofreciendo como parábola á su muger, el pago del rey degollado por su propia mano!...

La desgraciada que creía se había firmado la paz en Nápoles, no pudiendo comprender aquel retroceso sanginario, volvió á caer desfallecida y sin voz, alargando las manos al pescador, que no la veía, y á quien Luzzaro y sus esbirros arrastraban al saqueo y la matanza...

Sigámosle hasta que vuelva á dar el golpe de gracia á la puzzoliana, presentandola su demencia.

El día del juramento de la paz, dice el duque de Rivas, fué el mas sangriento de la revolucion de Nápoles. Oigamos todavía al historiador de estas escenas de vértigo, que nos vemos obligados á atenuar por no contristar á nuestros lectores.

El pobre rey loco no era ya mas que el instrumento, la espada y el hacha de Luzzaro y de sus compañeros, que le representaban á Nápoles como una red de asechanzas contra su persona, y un hormiguero de traidores que concertaban su ruina. Comenzó por colocar enfrente del palacio de Arcos, un patíbulo colosal con todos los instrumentos del tormento, y dos verdugos de quienes se hizo proveedor. Corrió al palacio del duque de Maddaloni, y le saqueó com-

pletamente: de los dos conserjes moros que encontró allí, hizo perecer uno en la rueda, bautizó al otro, y le puso a la cabeza de sus pretorianos. Pasó á cuchillo á todos los criados y protegidos del duque: se paseó por sus suntuosas habitaciones: desgarró con la alabarda todos los retratos incluso el de su padre: dió una puñalada al anciano en el corazón, cortó y se llevó la cara del hijo, y se divirtió en picarle los ojos. Luego prendió fuego al edificio, y le miró arder riéndose á carcajadas.

El cardenal se presentó para aplacarle, pero le condujo á la torre de una iglesia, le hizo que bendijese su espada y sus soldados, y le dejó para volver á comenzar sus furores. Demolió una pared del convento de los jesuitas, y consintió que degollasen á uno de ellos para buscar á una persona que suponía se había refugiado allí. Con el mismo pretexto invadió el claustro de las monjas de *Sancta Croce*, y como después de habérselas entregado á sus bandidos le reprendiese su crimen un sacerdote, se arrojó á sus pies, le pidió la absolución é hizo decapitar á los que habían cumplido sus órdenes. De ese modo mezclaba el crimen y el arrepentimiento, los atentados y los beneficios. Un arzobispo le pidió un pase para marchar á su diócesis, y le dió una escolta de cuatrocientos hombres, una escuadrilla de cuarenta chalupas, un talégo con 500 doblones, y además un abrazo. Un conde de Aversa le presentó una petición urgente: se la concedió con gravedad, y le despidió con un puntapie en el trasero, diciéndole:—Id con Dios, os hago príncipe de Aversa.

Al mismo tiempo renovó su estado mayor: eligió para mariscal de campo á un tal Polito, batidor de oro, que había ganado su grado á golpes de hacha. Tomó por teniente al armero Genaro Annese, ambicioso vulgar, cobarde insolente, intrigante solapado, que se elevaba de un modo rastro, hacía la sucesión del dictador...

Concluyó por montar á caballo, y recorrer á galope y con la espada desenvainada toda la ciudad, derribando é hiriendo á cuantos encontraba al paso, y declarando á los primeros que llegaban cómplices de Maddaloni, y mandándolos despedazar en la rueda, ahorcar, ó decapitar á presencia suya.

Los historiadores calculan en mil y quinientas las víctimas de aquel día de delirio.... Los cuatrocientos mil habitantes de Nápoles llenos de terror se encerraron en sus casas, emprendieron la fuga, ó se sometieron á todas las extravagancias y caprichos de un tirano.

El viernes 12 de julio, sexto día de la sublevación, ha quedado marcado con sangre en la memoria de los napolitanos: su recuerdo se trasnita todavía de padres á hijos.

Acercábase la noche, cuando Masaniello debilitado volvió por fin á su casa.

La puzzoliana, rodeada de su familia que había acudido á su lado, acababa de dormirse en las rodillas de su hermano, á los pies de la Virgen cuyo auxilio había implorado.

Al despertarse á los gritos de la compañía de la muerte, y al ver á su marido demudado, sin poderse apenas sostener, cubierto de sangre y de polvo, los ojos iracundos, una sonrisa espantosa en los labios, y sin conocer á la que tanto había amado, comprendió toda la extensión de su desgracia, y se lanzó hacia él dando un grito desgarrador.

Pero en vano le estrechaba entre sus brazos y le prodigaba las palabras más tiernas: en vano le recordaba todo

lo que debía aclarar su memoria y conmoverle el corazón el loco, conducido á las causas de su demencia, tomó á su mujer por la hija del virey, se alejó de ella con terror, y luego arrastrándose por el suelo y arrancándose los cabellos, pidió perdón con lágrimas y sollozos, y quiso atravesarse el cuerpo con la espada...

Su cuñado, abreviando aquel suplicio, le desarmó y le llevó á su cuarto, en donde cayó exánime después de una convulsión.

Luego todos los parientes, deseosos de salvar al menos á la puzzoliana, la arrancaron de aquella casa fatal, y la embarcaron con ellos para Amalfi... María se resistió y quiso quedarse con el pescador... pero su hermano juró que se le llevaría al día siguiente, después de tomar las medidas necesarias para con el pueblo, y partió vencida menos por el juramento, que por su debilidad...

La noche estaba hermosísima, la noche estrellada, y el golfo espléndido, como en el primer viaje de la misma familia, cuando iba á buscar bajo el mismo techo la felicidad asegurada por el ángel del Carmen. Aquella vez los desgraciados parecían conducir un acompañamiento fúnebre... el de sus ilusiones destruidas; y la puzzoliana, tendida en la barca, confiando á la brisa y á las olas su llanto silencioso, era como el frágil y pálido cadáver que sus parientes conducían al sepulcro...

Sin embargo, si algo podía consolar á María, era el pasar desde Nápoles al paraíso perdido de su casita.

Entró en ella al rayar el alba por la fachada opuesta al golfo, que daba al camino de Amalfi. Menos risueña por aquel lado que por el del mar, la humilde mansion presentaba un aspecto todavía más pintoresco, con su fisonomía del siglo XVI, con su pavimento de piedra y de madera esculpida, sus columnitas tersas y sus cariátides fantásticas, su cuadro de árboles gigantescos, y las enredaderas y otras plantas que extendían sus verdes ramas por las paredes.

A pesar de los crueles recuerdos que la escitaba aquel asilo de sus sueños, al abrazar á su anciana madre que había quedado encargada de su custodia, María experimentó un consuelo íntimo y profundo. Respiró en aquel oasis de calma y de limpieza, embellecido con sus laboriosas manos: regó con dulces lágrimas aquellos antiguos muebles de familia, aquellas prendas de un júbilo desvanecido, aquel lecho nupcial, las armas, las redes, las piadosas estampas y aquella cuna que estaba aguardando su hijo... y se durmió rodeada de sus hermanos y hermanas, que eran otros tantos ángeles custodios que la decían: Espera... y la prometían para el despertar, el regreso de Masaniello.

Cuando se levantó, reanimada por un largo sueño, se creyó todavía feliz, y corrió á la ventana inundada de luz.

¡Ay!... vió desfilar por el camino los espectros de sus dolores, las víctimas de su marido, los proscritos arrojados por el volcán de Nápoles...

En una joven que pasaba á caballo, escoltada por sus criados que conducían sus tesoros y su halcón querido, reconoció á una hermana de leche, compañera de sus juegos de la infancia: la joven la conoció también, y la despedazó el corazón con un grito terrible.

María volvió á entrar en su habitación y ya no se atrevió á mirar á lo exterior.

Después de esperar seis horas largas, llegó por fin Ma-

saniello, impelido mas bien que acompañado por su hermano político.

—¡Está libre!... ¡Es mío!... gritó la pobre muger apresurándose á salir á recibirle.

—¡Libre!... ¡plegue á Dios! le he sustraído de la vista del pueblo que le busca por todas partes, respondió el jóven. ¿Vuestro? Sí, si vuestro amor puede hacer un milagro!

El dictador ya no era un tigre enfurecido, sino un anciano que se habia vuelto niño. Hablaba sin pensar, escuchaba sin comprender y miraba sin ver.

Desconsolada con su aspecto, pero menos asustada que la vispera, María se apoderó de aquella fantasma, é intentó restituirla el alma. ¿Quién podría espresar sus tiernas é ingeniosas invenciones? Colocadas sus manos en las del pescador, fijos los ojos en los suyos, el pecho sobre su corazón, de pie ó de rodillas delante de él, le colmaba de las mas dulces caricias, le prodigaba los nombres mas afectuosos, y lloraba ó reía al menor gesto que hacia: era á un tiempo mismo su esposa, su madre, su hija, su criada, su médico, su confesor y su ángel bueno, y le sentaba en medio de su familia, y le recordaba los gozes y la alegría de lo pasado, y las esperanzas del porvenir. Le enseñaba todas las habitaciones de la casa, los muebles de sus abuelos, sus redes y su azada, su puñal y su escopeta, la cuna preparada para su hijo, el golfo por donde tanto habia viajado, las frutas

que debia coger para su mesa, las flores de su jardín, los pajarillos que le despertarían con sus gorgeos, y el emparado debajo del cual descansarían juntos.

Aquellos esfuerzos fueron infructuosos durante una hora: extraño en su misma casa, y sin conocer nada ni á nadie, Masaniello no hacia mas que balbucear;—el juramento... la traicion!... quemad á este... matad á aquel... Llevadlo todo en Nápoles á sangre y fuego... á mí, Luzzaro! y luego, asomándole las lágrimas y con suspiro ahogado, añadía:—¿Y mi precioso retiro de Amalfi que ha rescatado la peregrina? ¿Quién es esa pescadora que llevan en esa carreta? ¡Infames, deteneos! ¡dejadla en libertad!... ¡llevadla en triunfo... unidme á su carro... cuán hermosos son los pies de la que vuelve la felicidad á Masaniello! Ven, María, ven esposa mia, ven, pueblo fiel, besemos las plantas de María de Arcos.

Como aquella idea le preocupaba sin cesar, la puzzoliana, en vez distraerle de ella, se la recordaba con dulzura. Tomó al loco en sus brazos, y comenzó á referirle como á un niño, la historia de la peregrina, de los pendientes, de la novena de la Virgen, de la casa rescatada, del banquete de familia preparado por él, y del reposo y la alegría asegurados para toda su vida.

(Se concluirá.)



La casa de Amalfi: La puzzoliana ve pasar á su hermana de leche. (Sacado del gabinete del conde Satriano.)

GLORIAS DE ESPAÑA.



EL PRIMER REY DE LOS GODO.

1.

Roma, la soberbia y opulenta ciudad, señora del universo, acababa de caer en poder de los godos. Aquellas naciones que, abandonando los destemplados climas del Norte de Europa y de Asia, se habían fijado primero en Noruega, Suecia y orillas del Báltico, que habían avanzado hasta la Germania, y que habían traspasado al fin las fronteras del imperio romano, llevando sus armas hasta la misma Italia, pusieron sitio á Roma al mando del famoso Alarico, por los años de 409 después de Jesucristo. Era entonces emperador el débil Honorio, que sin fuerzas para resistir el impetu de aquellos guerreros de fuerza brutal y ánimo indomable, y sin recursos para satisfacer el ominoso tributo que Alarico le exigía, dejó que la ciudad fuese tomada después de un corto sitio. Penetraron entonces en la capital del universo conocido aquellas hordas de bárbaros, sin mas freno para su disciplina que el de que no asesinasen á las personas refugiadas en las iglesias. El saqueo de Roma fué horroroso, y todas las riquezas acumuladas en aquella opulenta ciudad por espacio de mil ciento sesenta y tres años, cayeron en pocos días en poder de los godos.

TOMO XI.

Entre los valientes capitanes que Alarico trajo consigo, venia su cuñado Ataulfo, hombre cuya mas ardiente ambicion era por entonces anonadar el imperio romano, y que asistió con gusto al saqueo é incendio de Roma, para quedar cautivo de su misma prisionera, la bella Placidia, hermana de Honorio, que apresada en el desorden de aquellos dias, habia quedado en rehenes en poder de Alarico y de Ataulfo, para rendir el corazon de este feroz conquistador, y para hacer un restaurador del imperio de aquel mismo que ansiaba borrar de la tierra el nombre romano.

Muerto Alarico y aclamado Ataulfo para sucederle, Constantino, el sagaz ministro de Honorio, supo sacar partido de unas circunstancias tan adversas para el imperio, y valiéndose diestramente del amor de Ataulfo á Placidia, intentó que el afortunado vencedor sirviese para restablecer en su integridad, y hasta para aumentar el poder del nombre romano. Para esto, concertado el casamiento de Placidia con Ataulfo, se prometió á éste para su establecimiento algunas de las provincias situadas del otro lado de los Pirineos, bajo condicion de que para llegar á ellas, habia de poner bajo la obediencia de los romanos las otras provincias que los tiranos de la Galia habian usurpado. Hizolo Ataulfo con tanto valor como fortuna, apoderándose de Narbona, Tolosa y Burdeos, desbaratando en todas partes á los rebeldes, y enviando á Honorio las cabezas de los gefes principales. En

26

Narbona logró por fin ser esposo de Placidia, y la ceremonia del casamiento se verificó enteramente á la romana. Allí, bajo un suntuoso pórtico, descollaba Placidia entronizada como una reina, y á su lado Ataulfo vistiendo la clámide purpúrea. Se cantó el epitalmio, hubo juegos á la romana, y entre otras cosas notables que ocurrieron en esta ceremonia, se cita la presentación de cincuenta mancebos vestidos de seda y con un ázafate en cada mano, colmado el uno de monedas de oro y el otro de piedras preciosas, os que en nombre de Ataulfo fueron á presentar á la novia aquel espléndido regalo de boda, procedente del saqueo de Roma.

Ataulfo, vencedor de sus enemigos y poseedor de la bella Placidia, veía colmados sus deseos y estaba en el apogeo de su dicha; pero sus soldados miraban con torbo ceño aquella mudanza, de la que murmuraban en secreto. Aquella gente marcial se dolía de ver como afeminado á su jefe, hombre de grande corazón y grande espíritu, sentían dejar las armas de las manos, y miraban con envidia las conquistas de Hermenerico, rey de los suevos; de Atacio, rey de los alanos, y de Gunderico, rey de los vándalos, que ya se estendían por las fértiles campiñas de la península ibérica. La prosperidad de Ataulfo era ficticia: un momento mas, y el secreto descontento de sus tropas se convertía en osada rebelión de una gente tan caprichosa como indisciplinada.

II.

El sueño dorado de Ataulfo, dueño ya en España de las provincias de Cataluña y Aragon, era hallarse á la cabeza de las fuerzas del imperio romano, para reconstruirle y dominarle; pero su gente no era á propósito para esta empresa, y sus intereses estaban en contraposición con los de su jefe. Salidos los godos y visigodos de las selvas de la Germania, con toda su indómita energía y con todo el temple vigoroso adquirido en aquellos ásperos climas y en el ejercicio de la caza y de la guerra, no habían podido en tan poco tiempo salvar la inmensa distancia que separa la vida salvaje de la vida culta. No era aun llegada la hora de extinguir el ardor bélico de unos hombres valientes y ansiosos del botín que les prometían los animosos jefes que los mandaban, y que además les ofrecía por otra parte la civilización degradada de los romanos, y Ataulfo fué el blanco de su cólera desde que ya establecido en Barcelona, corte de su nuevo estado, se retrajo de la guerra y anunció sus intenciones pacíficas. Los jefes que en Barcelona había convocado el nuevo monarca, conspiraban ya contra él, y antes de saber la voluntad y los nuevos designios de Ataulfo, para lo que espresamente habían sido llamados, estaban bien dispuestos á desobedecerle. En la víspera de la entrevista, y reunidos con misterio en parage de la ciudad donde no pudiesen ser incomodados, conferenciaban para ponerse de acuerdo en los medios de frustrar los designios de Ataulfo, sacrificándole á su resentimiento si fuese necesario; pero para dar el último golpe les faltaban las noticias seguras que había de darles uno de los conjurados al que esperaban con la mayor impaciencia. Era este Vernulfo, hombre muy atrevido y que correspondía con la mayor ingratitud á la privanza que Ataulfo le dispensaba. Apareció por fin Vernulfo en el sitio de la cita, pero tan inmutado y presuroso que todos conocieron era grave la noticia que ve-

nia á comunicar. Sin dar tiempo á que nadie le preguntase, exclamó:

—Ya no hay tiempo que perder. A las armas todos los que quieran defender nuestros derechos y seguir nuestras gloriosas conquistas que un rey indigno se atreve á interrumpir.

—¿Cuales son los designios de Ataulfo? preguntaron todos con ansiedad.

—Todo su empeño se cifra en ser el restaurador del imperio romano, ese débil y decrepito imperio al que nosotros podíamos y debíamos dar la ley con las armas en la mano. Ataulfo ya es legítimo rey de todas las provincias que en Iberia hemos conquistado; ¿pero sabéis á que precio?... Al de arrojar de la Península á los suevos, vándalos y alanos, reduciendo á la obediencia de Roma las provincias que nuestros hermanos de armas han conquistado. Para esto se os convoca, y los que no quieran tomar parte en esta guerra inícuca, serán confinados á lo interior del país, donde las faenas campestres sustituyen á las nobles ocupaciones de la guerra.

—No; gritaron enfurecidos, decidnos pronto el partido que hay que tomar.

—Ninguno... ¿Puedo contar con todos vosotros?

—Sí, sí.

—Pues dejadlo todo á mi cuidado.

—¿Pero qué piensas hacer?

—¡Ya lo vereis! contestó con mucho énfasis Vernulfo, desapareciendo para no dar mas esplicaciones.

III.

Al día siguiente concurrieron los jefes á la régia morada de Ataulfo, y su indignación no pudo menos de aumentarse al ver que salía á recibirlos vestido enteramente á la romana, y que todo su discurso se reducía á encarecer las ventajas de una alianza con los romanos, que les dejasen en plena y pacífica posesión de la España, para lo cual era indispensable arrojar de ella á las otras naciones enemigas de Roma que la infestaban. A sus palabras acogidas con sordos y repetidos murmullos, contestaron al fin con enérgicos gritos de «guerra y muerte á los romanos,» que fueron contestados por el numeroso pueblo, que sin saberlo el monarca estaba reunido en la plaza y que avanzaba furioso, invadiendo el pórtico del edificio con espantosa gritería. Sabía muy bien Ataulfo de lo que era capaz aquella gente amotinada, por lo que viendo que se resistían y que ya le iban rodeando levantó su brazo é hizo señal á sus guardas para que rechazasen el motin con la fuerza; pero en aquel mismo instante cayó traspassado de parte á parte por una estocada que le tiró Vernulfo, hombre de quien así por su ánimo apocado y su cuerpo ruin, como por los favores que el monarca le dispensaba y confianza que en él tenía, nadie esperaba tan villana acción. Es indudable que en ella medió alguna venganza personal, mas que razón política. Ataulfo espiró á pocos momentos en brazos de Placidia, única persona que se atrevió á lamentar su muerte, sin que pudiese vengarla. Vernulfo y los demas conjurados estaban bien seguros de que el pueblo que con afán se congregaba, lejos de vengar á su príncipe tomaría la voz por ellos, sirviendo sino á la ejecución por lo menos á la impunidad del delito. Sin embargo, muerto Ataulfo, se asustaron de su misma obra, y



á pesar de que la corona de los godos era electiva, todavía por un resto de respeto alzaron por rey á Sigerico, hijo de Ataulfo, niño de pocos años y que desapareció en breve en la escena política, tan incapaz de gobernar como de contener las pasiones que se desbordaban.

Ataulfo fué víctima de un pensamiento civilizador que se estrelló en la intolerancia de sus conciudadanos, pero que no tardó mucho en verse realizado. Luego que la generosa nacion española, en la que á fuerza de infortunios se habia debilitado mucho el primitivo amor á la independencia, conoció la diferencia que habia de los godos á las hordas de vándalos, alanos, suevos y silingos que la oprimian, y vió que no estaba reducida á un mero cambio de tiranos la dominacion de los godos, empezó á tomar partido por estos, se unió al fin á ellos, y desde entonces ya no hubo poder humano que contrarestase su ímpetu, y los restos del antiguo imperio romano y las hordas salvajes y destructoras, desaparecieron de la Península. Pocos años despues de la muerte de Ataulfo, ya la España era una nacion independiente, con todo el sentimiento de su dignidad y de su fuerza. La época del malogrado Ataulfo, es la que da principio á la verdadera historia de España y desde ella data la reunion de sus habitantes en cuerpo de nacion distinta é independiente de las demas. Los suevos, alanos y vándalos, no han dejado rastro de su dominacion, los godos solos consiguieron fundar una gloriosa monarquía.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

MI VISION EN LA FUENTE.

RECUERDOS DE LA JUVENTUD.

A la edad de quince años, fui á habitar en una aldea, distante mas de cien millas de mi pueblo natal. Al día siguiente de mi llegada, en una mañana de setiembre, calma y serena como las del mes de junio, fui á pasearme por el bosque. Las encinas y nogales, entrelazando sus ramas, formaban por encima de mi cabeza, una espesa bóveda de verdor. El terreno era pedregoso, desigual y estaba cubierto de espinas y de arbustos: no se veian allí mas senderos que los que habian abierto los animales. El que yo habia seguido á la ventura, me condujo junto á una fuente cristalina, rodeada de césped, y situada á la sombra de una frondosa encina. Un rayo del sol penetraba hasta ella á través de las hojas, y al verle jugar en las transparentes aguas, hubiérase dicho que era un pez dorado.

Desde mi mas tierna infancia he tenido sumo placer en contemplar un manantial: aquella agua llenaba un estanque de forma circular, estrecho, pero profundo y rodeado de piedras, revestidas unas de musgo legamoso, y otras desnudas y con colores muy variados: las habia encarnadas, blancas y parduscas. El fondo era de arena que brillaba con los rayos del sol, y parecia esparcir en el manantial una claridad no prestada. Habia tambien un parage, en donde el salto ó caída del agua agitaba la arena, pero sin enturbiar la fuente ni arrugar su tersa superficie. Parecia que iba á salir de ella una criatura viviente (tal vez la nayade de aquellas aguas encantadoras), bajo la figura de una hermo-

sa jóven, con un traje de húmedo musgo, un cinturón tomado del arco iris, y un rostro frío, puro é impenetrable.

¡Qué estremecimiento de placer mezclado de terror al ver á la nayade sentada sobre una piedra, moviendo sus blancos y pequeños pies en la fuente, y haciendo saltar en derredor suyo el agua que volvía á caer en gotas resplandecientes como una lluvia de diamantes!... Las yerbas y las flores que sus manos habian tocado, estaban cargadas de un rocío brillante como el de la mañana. Héla ahí que pone manos á la labor, cual ama cuidadosa, para quitar las hojas muertas, los pedazos de madera viscosos, las bellotas caídas de la encina, y todos los granos que dejaran en la fuente los animales que habian ido á beber, hasta que en el fondo del agua diáfana brillase la arena como un polvo de diamantes... ¡Qué haceis temerario! os acercais, y al ruido de vuestros pasos ha desaparecido la nayade y no encontráis en su lugar mas que las gotas de un aguacero de estío.

Tendido sobre el fresco césped como la húmeda divinidad, me incliné sobre la fuente, y de repente, en su limpio espejo dos ojos se encontraron con los míos. Me incliné segunda vez, y ví detrás de mí otra figura, mas distinta, y sin embargo, vaga como mi pensamiento: era la cara de una hermosa jóven con unos rizos de oro mate: brillaba la alegría en sus miradas, y se formaban hoyuelos en sus mejillas. Me pareció la verdadera imagen de lo que sería una fuente, si con el cálido resplandor del sol tomase la forma de una muger. Por entre el colorido de sus mejillas distinguía las hojas muertas, las ramas reblandecidas, las bellotas y la brillante arena. El rayo del sol jugueteaba entonces en su dorada cabellera, y confundíendose con ella, formaba una aureola luminosa en derredor de su preciosa cabeza.

Mis palabras no podrian dar una idea de lo repentino de aquella aparicion en la fuente, ni de su desaparicion igualmente rápida, despues de la cual me pareció desconsolada. Respiré: la vision estaba allí: retuve mi aliento para contemplarla mejor, pero ¡habia desaparecido!... ¡Habia huido ó se habia disipado!.... Comencé á dudar hasta de su aparicion.

Queridos lectores, ¡qué hora tan llena de sueños deliciosos pasé en el sitio donde me habia dejado aquella vision!... Sentado y en una inmovilidad completa, estuve aguardando largo tiempo su vuelta, temiendo asustarla con el menor movimiento y con el ruido de mi anhelosa respiracion. Asi muchas veces al salir de un dulce sueño, me he quedado inmóvil con la esperanza de recobrarle... Profundas fueron mis meditaciones sobre la esencia y las cualidades de aquella vision aérea. ¿La habia creado yo mismo? ¿Era hija de mi imaginacion, hermana de esos fantasmas estraños que se aparecen por la noche á los niños, cuando abren un poco sus párpados? ¡Me habia extasiado su hermosura un momento para desaparecer en seguida para siempre! ¿Era la ninfa de la fuente, una hada, una divinidad de las selvas, que habia llegado á mirarla por encima de mis hombros? ¿Era la sombra de alguna jóven despreciada, que impelida por su violento amor meditaba el suicidio? ¿O bien una amable ninfa, una jóven de corazón ardiente que no deja convertirse en humo la presión de un dulce abrazo, que se habia deslizado realmente detrás de mí, y habia dejado caer su bella imagen en la fuente cristalina?

Aguardé largo tiempo con la mayor ansiedad, y la vision no volvió: me alejé, pero por la tarde del mismo día me di-

regí á la fuente, atraído por un encanto mágico. El agua saltaba siempre y la arena continuaba brillando con los rayos del sol: la vision no estaba allí. No habia mas que una rana enorme, único habitante de aquella soledad, que se ocultó en seguida detrás de una piedra, procurando hacerse invisible, sin advertir que dejaba espuestas á mi vista sus dos largas patas rayadas. Me pareció que aquella rana me habia mirado de una manera diabólica, y casi tuve impulsos de matarla, como al encantador que tenia cautiva en la fuente á la beldad misteriosa.

Triste y con el corazon oprimido volví á emprender el camino de la aldea: entre el campanario de la iglesia y el sitio en donde me hallaba, se elevaba una colina, en cuya cima habia un grupo de árboles aislado de los demas del bosque, iluminado al Oeste por los rayos del sol, y que proyectaba al Este su sombra solitaria. La tarde estaba ya muy avanzada, y la luz se iba debilitando por grados; tal vez los genios del día y de la noche se habian encontrado debajo de aquellos árboles, y se abrazaban estrechamente como dos buenos hermanos. Mientras admiraba lo pintoresco del paisaje, salió de entre las encinas una jóven; mi corazon la reconoció al instante: era mi vision; pero me pareció que estaba tan apartada y tan etérea, tan estraña á las cosas de la tierra, y tan penetrada de la fantástica claridad del sitio en donde se hallaba, que mi corazon se oprimió, y quedé tan triste como antes. ¿Cómo podria llegar alguna vez hasta ella?...

Mientras la contemplaba, un chaparron humedecia las hojas: en un momento la atmósfera se cubrió de resplandor; cada gota se apoderaba al caer de una pequeña parte de la brillante luz del sol, y se dibujó en el espacio un arco iris tan hermoso como el del Niágara. La parte del arco que se inclinaba hácia el Mediodía, descendia por delante del grupo de encinas, y cubria cual un velo á mi bella vision, como si los colores celestes fuesen los únicos dignos de adornar su hermosura. Cuando se disipó el arco, la que me parecia formar parte de él ya no estaba allí. ¿Se habia disuelto su existencia en el mas magnífico de los fenómenos de la naturaleza? ¿Su esencia pura se habia fundido en sus variados matices? No desesperaba ya de su regreso, porque ataviada con el arco iris, habia llegado á ser para mí el emblema de la esperanza.

Así me abandonó la vision, y á aquel día sucedieron otros muchos de disgusto; la buscaba por todas partes: en la fuente, en el bosque, en la colina y en la aldea; al salir el sol, en el rocío, en la ardorosa hora del medio día y al ponerse el sol, en donde tan mágicamente habia desaparecido; mas por todas partes la buscaba en vano. Pasaron semanas y meses y la vision no se presentó: no confié á nadie mi secreto, pero andaba de uno á otro al azar, ó me sentaba en los sitios mas solitarios, como alguno que habiendo vislumbrado el esplendor de los cielos, no puede ya gozar ningun placer en la tierra. Sin quererlo, llegué á ser simultáneamente el autor y el héroe de una novela, suscitando rivales, imaginando aventuras y experimentando todas las fluctuaciones del amor, desde los celos y la desesperacion hasta la suprema felicidad. ¡Ah!... si tuviese todavía mi ardiente imaginacion de los quince años con la fuerza de la espresion, ese don mas apacible de la edad madura, mi narracion haria palpar vuestros corazones, amables lectoras...

Hácia mediados de enero recibí la orden de regresar á mi casa: la vispera de mi partida visité los sitios santificados por mi vision, y encontré la fuente cubierta con una capa de hielo: en la colina del arco iris no habia mas que nieve, iluminada por la pálida luz del sol de invierno. Esperemos, dije para mí, porque sin esperanza mi corazon se helaria como el agua de la fuente, y toda la tierra me pareceria tan desolada como la colina sepultada bajo la nieve. Empléé una parte del día en los preparativos del viage que debia emprender á las cuatro de la mañana siguiente; y pasada una hora despues de cenar, cuando todo estuvo arreglado, bajé á la sala para despedirme del anciano párroco y de la familia, de quienes habia sido huésped; una ráfaga de viento me apagó la luz cuando atravesaba la antesala.

Segun la costumbre de la casa, costumbre muy agradable cuando hay una buena lumbre, todos se hallaban reunidos en la sala, sin mas luz que la que podia despedir la chimenea. Como el sueldo del buen párroco era muy corto, reinaba allí la mayor economía: la lumbre se componia principalmente de basura, que se consumia lentamente desde por la mañana hasta la noche, y que daba mucho calor, pero poca claridad. Aquella noche el estiércol acababa de ser renovado y reforzado con dos ó tres leños de encina, todavía húmeda, y unas cuantas astillas de pino muy seco, que aun no se habian encendido. No habia allí mas luz que la de dos tizones medio consumidos, y no era bastante fuerte para alumbrar los morillos ó caballetes de hierro; pero yo sabia muy bien donde se hallaba el sillón del párroco, el sitio donde se sentaba el ama con su calceta, y como me habia de componer para no tropezar con dos jóvenes sobrinas suyas: alta y robusta la una, y la otra débil y enfermiza. Deslizándome, pues, entre la oscuridad, ocupé mi sitio acostumbraado junto á su hermano, un sabio colegial que habia ido á pasar las vacaciones, y que por no perder el tiempo asistia á la escuela. Observé que aquella noche mediaba menos espacio entre la silla del escolar y la mia.

Como es muy comun el estar taciturno en tinieblas, nadie pronunciaba una palabra, y solo interrumpia el silencio el ruido monótono y casi imperceptible de las agujas de la digna señora Beatriz. De cuando en cuando el fuego arrojaba un ligero y triste resplandor que reflejaba en los anteojos del anciano, y se fijaba por un instante sobre nuestro círculo; pero era demasiado débil para que permitiese distinguir las figuras que le componian: parecíamos fantasmas. Aquella escena muda ¿no podria dar una idea de la manera con que se volverán á ver en la eternidad los que se hayan conocido y amado acá abajo? Ni la vista, ni el oído, ni el tacto, sino una especie de conciencia íntima nos revelaba la presencia de nuestros compañeros. ¿No sucederá lo mismo en el imperio de los muertos?

La jóven enferma rompió por fin el silencio para dirigir una observacion á una persona que llamó Rafaela. A su acento débil y tembloroso solo fué contestada una palabra, pero la voz que la pronunció me hizo estremecer, y me incliné hácia el lado de donde venia. ¿Habia yo oído alguna otra vez aquella voz dulce y lenta? Y si no la habia oído, ¿por qué despertaba en mí tantos recuerdos, ó fantasmas de recuerdos, fantasmas de cosas familiares y sin embargo desconocidas? ¿por qué llenaba mi ánimo de las facciones y de la imagen confusa de aquella á quien pertenecia, aunque sus facciones permanecian ocultas entre las sombras de la ha-

bitacion? ¿A quién, pues, habia reconocido mi corazon para palpar de semejante modo? Puse la mayor atención para oír aquella dulce respiracion, y me esforcé, con la intensidad de mi mirada, el representarme una figura que me era imposible distinguir.

De repente se encendió el pino, se elevó una llama roja, y en donde no habia mas que tinieblas hacia un instante, vi... ¡A mi vision de la fuente!..... Espíritu radiante, se habia desvanecido con el arco iris, y se me aparecía de nuevo á la claridad de la llama, tal vez para desaparecer despues de haber brillado un momento con ella. Sin embargo, su rostro estaba animado, y sus facciones, merced al calor que hacia en la habitacion, me parecian todavia mas dulces y mas tiernas que las que se habian grabado en mi memoria. ¡Me conocia!... Sus alegres ojos y la sonrisa que formaba hoyuelos en sus mejillas, cuando la vi en la fuente, animaban tambien entonces su fisonomia. Encontráronse nuestras miradas, y un instante despues se hundió una porcion de ceniza y apagó la llama, y las tinieblas volvieron á ocultarme la hija de la luz, ¡para no devolvérmela jamás!...

Hermosas niñas, nada me resta que deciros; pero si quereis que os explique este misterio, lo haré con mucho gusto. Rafaela era hija del alcalde de la aldea: el dia de mi llegada habia abandonado el hogar paterno para ir á un colegio, y no regresó hasta la vispera de mi partida. Si la he metamorfoseado, es porque así lo hace todo jóven con la muger á quien ama. Como veis, la moral de mi historia, amable lectoras, enseña que se necesita variar muy poco en vosotras, para trasformaros en ángeles...

ESTUDIOS DE MUGERES.

I.

Conserva, encantadora Maria, aquella sencillez, aquel giro cándido que acompaña á tus acciones y cuadra tan



Maria.

bien á sus discursos. Deja á otras, menos amables que tú, los cuidados de la coqueteria y el deseo ardiente de los triunfos. Que las intrigas del mundo, que el bullicio de los

falsos placeres, que las borrascas del amor propio espiren en tu sepulcro. Tus deseos están contenidos en una dichosa familia; allí se detiene tu corazon y allí descansa; dicen que allí tambien languidece tu talento; es cierto, que tú no sabes lo que tan ávidamente se aprende en otras partes; que las novelas nuevas te son tan conocidas como las antiguas; es cierto que te sorprenden las revoluciones, y que ignoras hasta los nombres de nuestros vacilantes magnates. Sin embargo, Maria, conoces los mas recónditos sentimientos de aquellos á quienes amas, procuras adivinarlos para complacerlos, derramas sobre sus dias un encanto continuo; tu corazon, que se derrama incesantemente en tu imaginacion, le inspira los mas dulces ensueños, los mas tiernos pensamientos. Conserva, encantadora Maria, aquella sencillez.

II.

Bella, sencilla y modesta, Adelaida se adelanta, con serenidad, bajo mil rayos que parten de todos los ojos. Su boca todavia infantil, toma cierto gracejo cuando sonrie;



Adelaida.

semejante á los gatillos de primera edad, juega inocentemente con todo lo que se presenta á su vista y disfruta un placer sin limites. La naturaleza que no la ha concluido todavia, dejar ver sobre su fisonomia la estacion que deja y aquella á donde llega; sus labios y su sonrisa tienen una edad; sus grandes ojos y su noble frente, otra; la infancia y la adolescencia se funden en su fisonomia, como la aurora del dia en las tintas sonrosadas de la mañana; el sol del amor que saldrá para ella no ha calentado todavia sus miradas, y cuando la alegría de la infancia no la agita, Adelaida, inmóvil, parece una virgen de mármol, que para animarse, apaga el fuego sagrado. Los que la contemplan, dulcemente estasiados con sus imperfectos encantos, no saben si deben desear que la hermosa niña permanezca sobre este limite dichoso de las edades, semejante á la esperanza en el din-tel del porvenir, ó que la naturaleza, alejándola para siempre de la infancia, termine su maravillosa obra.

III.

Clara se fastidia. El bosque reverdece en su derredor,

y sus jardines la prodigan sus perfumes. Navega sobre el lago que pasa al pie de su casa; ve salir la luna dulcemente sobre un risueño paisaje... Pero Clara se fastidia. Borda al lado de su madre; abre su clavicordio con una mano distraída, y sueña con la gran ciudad; desea una amable compañía. ¡Ay! ¡Clara! tú, ya tienes quince años.

Se sienta por la noche á una mesa mas numerosa, y viéndola cargada de flores y de frutas, prefiere las flores, y en-



Clara.

tre todas, la de naranjo, cuyo perfume no deja de respirar, é incesantemente la lleva á sus labios. ¿Ha soñado que la flor del naranjo corona á las jóvenes esposas, y que con ella se forma un ramo para ponerle en el seno? Clara no tiene apetito, y mira un solo convidado; suspira, se levanta y corre á prodigar sus besos á los niños de la mesa inmediata. ¡Ah! ¡Clara! tú, tienes ya quince años.

IV.

Un deseo atrevido y devorador se lee en los ojos de Rosa,



Rosa.

que hace poco tiempo se ha fugado del dominio de la infancia; las flechas del amor pagano no son mas rápidas que

sus miradas, que penetran en los hombres; los rasgos estereotipados de la mentira aparecen sobre su rostro, y no diré sin ser comprendido de todos, que una nariz aguileña, hacia la cual se inclinan sus ojos algunas veces, es el indicio de un natural malicioso que ya se inflama para el placer.

V.

El alma tiene, como el cuerpo, sus lugares secretos, que es necesario velar, ó no descubrirlos mas que en los misterios de la intimidad ó en el natural abandono del amor. Celestina, que sabe mil cosas, ignora esta, y por esta ignorancia desvirtúa las demas. Tanta imaginación, gracia y talento; su talle, su cara, su voz, todo parece demasiado en ella, y pareciéndolo menos, parecería mejor. Se la hubiera distinguido entre la multitud: sale de ella, se adelanta, se designa, y parece que se presenta en combate singular; su ardor la hace traicion, su vanidad la precipita, su audacia la compromete. Si se hubiese detenido un poco hubiera agradado; llegaba al término, pero ha caminado mas allá.

Celestina entra en un salon: está en escena y es la principal actriz; se anuncia al público, y dice como aquellos personajes de la tragedia griega: yo soy la que me llamo Celestina; recorre la multitud galante; humilla en su tránsito á todas las mugeres, reuniendo á los hombres como hace un pescador con el cebo; se sienta al piano y canta; canta con cierta intención afectada. ¡Celestina! ¿No harás la desgracia de tu esposo? No te pierdes de vista: te observa con una mirada dulce y enamorada; se doblega á tus capri-



Celestina.

chos y te prepara un trofeo. Pero tú ries y le hablas como una niña mimada á su padre; tú le hablas en alta voz ¡Celestina! Que te escuchan. ¿No le temes en particular? Pero tú tomas á la multitud por auxiliar contra él, y cortas delante de ella las garras al leon que empieza á rugir. Ejerces sobre él aquel imperio atrevido que tienen las mugeres, por nuestras costumbres, en el mundo; oprimes demasiado el yugo, y él esclama... ¡Celestina!

¿Qué no demuestras en tu conversacion? pues tu talento te lo hace penetrar todo, tu imaginación te lo pinta todo, pero tu gusto no escogita bastante y te conduce á un mundo novelesco. El teatro es tu objeto, donde eternamente se

aspira el amor. Deseas el campo, todo te convida al amor. ¿Has sentido en el fondo de tu alma, que esta coquetería y que estos amores-proprios, á los cuales te sacrificas, son vanos y se ahogan en el grande amor, como los arroyuelos se pierden en un grande río? ¿Qué el festín se prolongue, que derramen los vinos, tus ojos se encienden, Celestina! Tu imaginación presiente la quimera. ¡Ah! tú lo sabes, y por un grave error, creyendo á todos los hombres poseídos de un ardor caballeresco, querrás ser amada de ese modo. ¡Celestina! Lo dejas conocer. No tienes el pudor del alma.

VI.

Julia tiene hijos; pero ignora que tiene un marido; ¿será aquel hombre de bien y sencillo, que se sienta á la mesa y que no ocupa el lugar del amo? Parece que come en casa de otro, en casa de su muger y no en la suya. Habla en voz baja, y se vé que sus palabras no tienen eco ni crédito. Nadie le escucha. Habla juiciosamente y con cierta gracia; pero Julia se dirige á otra parte, y con ella sus hijos y sus convidados. El amigo de la casa le contesta algunas veces con cierto desprecio y por compasión. Desaparece á los postres, y fuma en algun rincón, en tanto que Julia sostiene su corte, que oscurecía la presencia de su esposo.

Tiene un pequeño aposento, el mas bajo, el mas estre-



Julia.

cho, el mas incómodo, y donde habitarían los criados si él no estuviera. Una cortina amarilla cubre su triste lecho. Quiero que mi marido aprecie la sencillez, y que no tenga lumbré; su chimenea está cerrada. Pero ¡Julia! esto es demasiado; tú nada en la opulencia. Un día fueron juntos á casa de una amiga, y como el sacase su pañuelo, mostró en él un giron tan grande, que esta amiga dijo á Julia: ¿Es este el cuidado que tienes con tu esposo? Sus hijos le sufren como á un padre que los abochorna; le hablan con indulgencia y no sin ternura, porque es bueno, fué muy valiente, y lleva con la insignia del honor, heridas que no se han cicatrizado aun. Tiene prendas dignas de elogio. ¿Por qué le descuidas, Julia? Pero no es justo sondear los misterios de tu corazón, y tú misma eres buena y humana. ¿Cuándo dudarás de tu error, y qué no ganarás á los ojos del mundo, tomando el primer lugar sobre quien te dá su nombre?

VII.

Luisa se apresura á arreglar su casa y á dejar su morada al principio del día, á la cual no regresa hasta que llega la noche. Hace cien visitas, se informa de todo, se desespera por lo que hace Clotilde, Angela, Magdalena, por lo que hacen los parientes de estas mugeres, tanto los que residen en Madrid como en provincia, por los que están en el



Luisa.

ejército, por los que atraviesen los mares; se interesa por su salud, por su fortuna, por sus adelantos, por sus penas; escucha toda clase de relaciones, se conmueve, se impacienta, llora y consuela; da consejos, cuida á los enfermos, designa el mejor cirujano, la mejor nodriza, consulta y falla; y con la imaginación plena de lo que ha visto, oído y sentido, regresa á su domicilio, donde despues de haber vuelto á tomar aliento, hace la pintura de los trabajos del día. Sin embargo, está demasiado preocupada con los acontecimientos del día para gozar de las dulzuras de su hogar, y trata con aspereza á los suyos, á los cuales ama, pero á quienes desdeña por el sentimiento de la necesidad de salir fuera, entregándose á la aventura, para recoger gracias y parabienes, presentándose como muger de mérito en los teatros donde se vé aplaudida, mientras que la escena doméstica le es un tanto desconocida. Luisa descuida á su propia familia y se prodiga al pueblo.

VIII.

Pura tiene sentidos y es sensible. Ha amado, y las pasiones han fatigado su corazón. Una imaginación novelesca la ha separado del camino usual de la naturaleza; sin embargo, ha penetrado en él hasta cierto punto por la vía de convencimiento y la reflexión. Pero no ha abandonado todavía su gusto por lo extraordinario, y por aquello que exalta y agita la imaginación, todo con el objeto de sofocar las tristes emociones de su corazón; llora algunas veces, y es mas sensible que buena. Esto significa que las pasiones hacen brotar en nosotros las raíces del egoísmo, raíces que crecen pronto como la mala yerba, y no desaparecen tan fácilmente. Estas ocultas borrascas entristecen su alma, y le

trasmiten la imperiosa necesidad del sollozo. Pura observa con cierta indiferencia los pesares ajenos por tener que atender á los suyos. Ha amado mucho y ha sido mal correspondida; economiza el afecto que consagra á los seres que



Pura.

la rodean, porque otro ser le arrebató el inmenso caudal de amor que guardaba en su seno. Si el hombre que tiene á su lado comprende y es naturalmente sensible, no puede ser afortunado. ¡Pobre Pura! ¡Pobre de aquel que verdaderamente la ama!

IX.

Doña Teodora, bribona, fullera en el juego, avariciosa, usurera, pleitista, la mas astuta de las mugeres, consagró sus cuidados hácia su hija adorada, que murió en la juven-



Doña Teodora.

tud, y el sentimiento de la pérdida de su hija se consoló con el juego, el tabaco y la usura: encarnizada y apasionada

por los negocios y por los placeres, ardiente para todo, coqueta, inconsecuente, comprometedora, sin principios, sin conveniencias, consumada en las cuestiones de interés, teniendo en el fondo de su corazón un verdadero amor por su hija, á la que ha llorado muchas veces en la mesa y en el tocador, doña Teodora ha sobrevivido con una energía varonil, y ha demostrado que tiene el diablo en el cuerpo.

X.

Doña Eustaquia, casi septuagenaria, conserva preciosamente sobre su rostro las huellas de una rara belleza; pero la belleza del cuerpo se evapora, y persiste la fealdad del alma: he aquí á doña Eustaquia en dos palabras. En otro tiempo contaba sus días por placeres, sin descuidar los negocios; voluptuosa, pero interesada, no tuvo mas que intrigas sublimes, aquella clase de intrigas que reportaron bienes á su familia, á su marido y á sus hijos, que sirvieron secretamente sus amores. Tenía una dulce sonrisa para presentar las cuestiones, y ojos muy gachones para concluir-las; entonces insinuante y galante; hoy quejosa y arrepentida, pinta la contrición en sus labios y baja por momentos



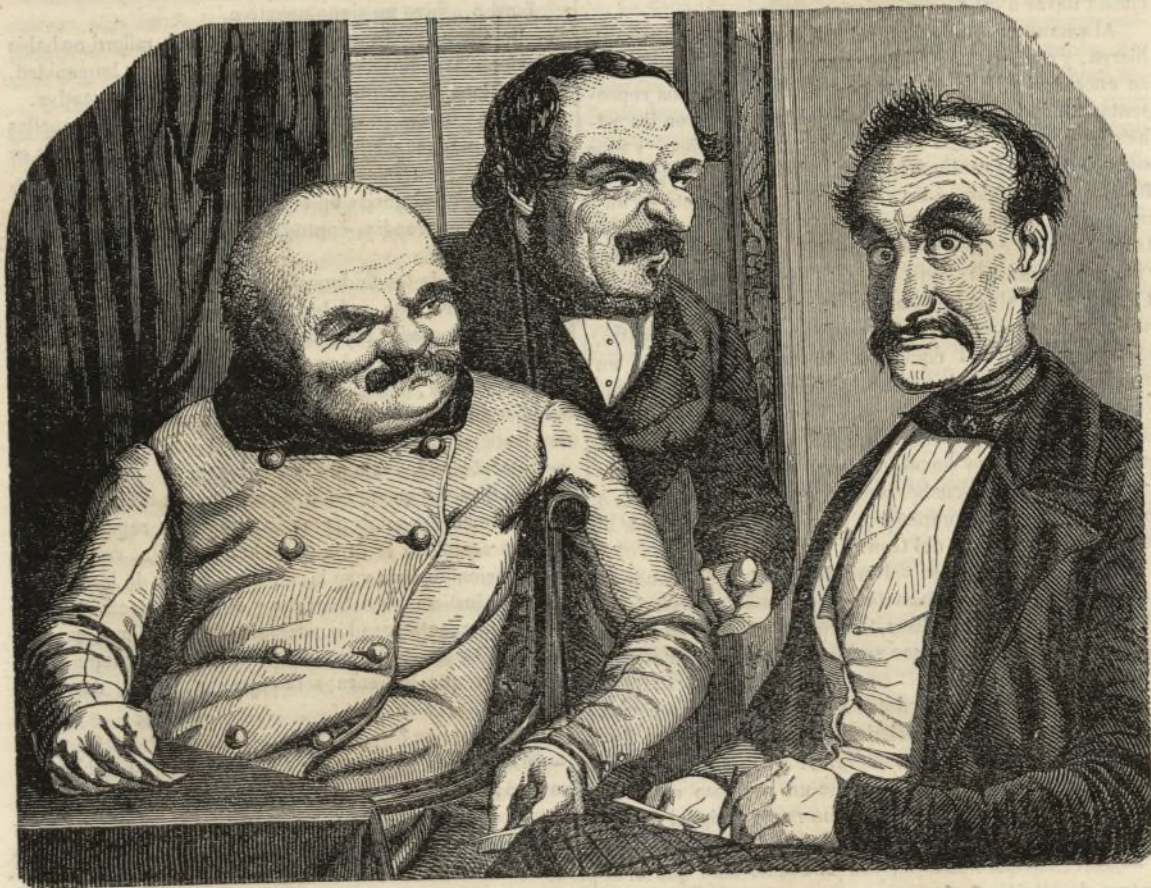
Doña Eustaquia.

los párpados con resignacion sometiéndose á la voluntad del cielo. *El diablo harto de carne, se metió á fraile*; mal fraile seguramente, y doña Teodora se hace devota; se pone la máscara, y los sacerdotes van á su casa: sacerdote hipócrita y muger galante, personas hechas la una para la otra y que como dos augurios no pueden mirarse sin reirse. Nadie escuchará de doña Teodora mas que palabras de beneficencia; calcula lo que puede reportarle un beneficio; sabe que la conveniencia se disfraza; elogia las virtudes de su tiempo; miente impunemente con el carácter y la solemnidad de una abuela; pero doña Teodora sin poderlo remediar ha dejado caer algunas veces la máscara: el interés avariento, la coquetería lasciva, la pasión disecada, horripilante, aparece sobre su cara, hasta que llega un observador que la dice: «Cuidado, señora, pónelos la máscara, en nombre del diablo, ¡observad que se os ha caído!»

B.***

ESTUDIOS DE VIAGES.

RECUERDOS DE AQUISGRAN.



Los jugadores.

HISTORIA DE UNA CUERDA,
DE UN JUGADOR Y DE UN BANQUERO COMEDOR DE HOMBRES.
SACADA DEL ALBUM DE UN VIAGERO.

AL SEÑOR DON FRANCISCO MORALEDA.

EN MERIDA.

Mi querido Francisco ó Paquito, como te bautizabas en otro tiempo, ¡ay! tan distante de nosotros, de las contiendas puramente literarias y de la fiebre romántica; (digo ¡ay!

TOMO XI.

porque esa fiebre correspondía precisamente al período incandescente de nuestra más florida juventud), siempre te he conocido una afición decidida a las historias imposibles; has sido quizás el primero que me has infundido el gusto de las cosas fantásticas, y de esos cuadros aterradores a la par que atractivos, en los que busca algo la vista ansiosa, que siempre llega a descubrir en un rincón una pezuña hendida, mientras que se procura llenarse las narices de excelente tabaco de la Martinica ó de agua de Portugal, porque eso es materia de gustos, pues no es fácil librarse del olor de baqueta de Moscovia que se desprende del cuadro, ó de la viñeta ó del libro, ó que parece exhalar la palabra del narrador.

Tú eres, pues, el primero a quien quiero referir un encuentro extraño que he tenido, y una visión no menos es-

27

traordinaria que se me apareció el otoño último en Aquisgran cuando volvía de hacer una pequeña escursión por Holanda.

Seguí por el Rhin ó el Wahal desde Nimega, y subí en un barco de vapor hasta Colonia. Desde allí, despues de pasar un día en visitar el *Dom* y todas sus maravillas, me separé con pesar de la ciudad rheniana. Como indemnización, me prometia emplear otro día en Aquisgran, hácia donde me sentia atraído por una secreta inclinación. Las resoluciones de esta especie son las que menos me cuesta llevar á cabo en mis viages.

Al amanecer estaba ya en el embarcadero del camino de hierro, y ocupaba un asiento en un wagon cosmopolita que se encontraba lleno. Me parece que allí se hallaba representada toda la Europa, circunstancia poco rara en los vehículos y en las mesas de esos terrenos neutrales, y esos sitios de tránsito continuo, llamados la Prusia Rheniana y la Bélgica, tan queridos á los viajeros. Tenia enfrente de mí á un inglés, un húngaro y un robusto alemán de Elberfeld. Los tres, pero especialmente los dos primeros, que parecían ir en compañía, eran bastante locuaces, no así el inglés, que no abría la boca mas que para dar contestaciones muy breves; mas el noble *madgyar* hablaba por cuatro, lo cual mantenía el equilibrio. Su conversacion era en francés, como sucede entre gentes de nacionalidad diversa, y como el pais que atravesábamos ofrecia muy poco atractivo, escepto en las inmediaciones de Aquisgran, lo mejor que podia yo hacer era escuchar indiferentemente como acostumbro. Escuché, pues, y presté con indolencia á los discursos de mis compañeros un oído entorpecido por el movimiento soporífico del tren.

El inglés y el húngaro volvian de Oriente, en donde se habian conocido, y el magnate se complacia en referir en alemán las fases de su Odisea, tomando por testigo de cuando en cuando al insular, que aprobaba mas bien con el gesto que con la voz.

He aquí una de las anécdotas que contó, y que me sacó repentinamente de la somnolencia en que el vapor me llevaba blanda y suavemente sumergido.

—Es preciso, dijo, que os refiera un pasmoso rasgo de lord S... (su compañero de viaje), un rasgo sin igual de generosidad y de grandeza de alma.

—¡Oh! murmuró milord, con el mismo tono que si se tratase de otro.

—Figuraos que atravesando hace poco tiempo una provincia de Iliria (el húngaro la citó, pero se me ha olvidado el nombre), llegamos una noche á una poblacion, á cuyas puertas se hallaba agrupada una gran multitud. Elevábase allí inmediato una horca, y acababan de colgar en ella á un hombre.

—¿Por qué crimen?

—Ni lo sé, ni tampoco me importa. ¿Qué creéis que fué lo que hizo milord?

—No lo adivino á fé mia.

—Sacó su cuchillo de viaje, atravesó por entre la muchedumbre, subió con resolucion á la plataforma, desde donde acababa de ser lanzado el paciente, y allí, antes de que tuviesen tiempo de oponerse á su accion, cortó la cuerda y el ahorcado cayó de pie, con mas miedo que daño; apenas estaba atolondrado, pues el nudo no habia corrido, porque en esos paises atrasados no saben ensebar las cuerdas.

—¿Y qué sucedió?

—¡Un tumulto espantoso!... Jueces, verdugo, soldados y espectadores estaban tanto mas enfurecidos, cuanto que aquel hombre, que no estaba condenado á morir en la horca, se encontraba ya libre de toda deuda para con la justicia, segun despues me aseguraron; para esto bastaba que la cuerda se rompiese; fué cortada, falseó por una causa cualquiera, y el efecto era igual. Esa es la costumbre del pais.

—¿Sabiais eso milord? dijo el alemán.

Lord S... hizo un signo negativo.

—De ningun modo, contestó el húngaro, milord no habia reflexionado: cedió únicamente á un impulso de humanidad.

Aquí lord S... opuso otra nueva y silenciosa negativa.

—Por poco nos cuesta caro, y sobre todo á él. Aquellas gentes honradas, viendo que se les escapaba la presa y su espectáculo, se arrojaron sobre él como unos desesperados, y le llenaron de injurias en lengua dalmata.

—No lo comprendía, contestó milord con una calma envidiable.

Le tiraron de los faldones de la casaca, se la hicieron pedazos, y en una palabra, le amenazaron con jugarle una mala pasada, porque si la ley prohibia el volver á colgar á los ahorcados, ó por mejor decir á los desahorcados, no prohibe, ó al menos no impide, el moler á golpes inmediatamente al que trata de anular la accion de la señora justicia.

—¡*Der Teufel!*... dijo el elberfeldense.

—Por fin conseguimos salir de allí, no sin dificultad; milord pronunció las palabras mágicas dinero y reparacion, y al punto se aplacó la furia popular. Lord S... contó acto continuo cien guineas y se las entregó al gefe de los dependientes de justicia que autorizaba y dirigia la ejecucion; pidióle cincuenta para los parientes de la víctima, que jamás verán un cuarto; mas por una originalidad propia de su carácter, y que le honra sobremanera, quiso dar otras cincuenta.

—¿Y para quien?

—Para el ahorcado, que tuvo de ese modo un doble motivo de agradecimiento y de placer, pues se libró de la cuerda, y resucitó cincuenta veces mas rico de lo que lo habia sido en toda su vida. Me parece que eso es lo que se llama pagar con la persona y con la bolsa. ¿Qué decís de semejante rasgo?

—¡Sublime, magnífico!... contestó el alemán; milord es verdaderamente magnánimo!...

—No tanto, murmuró entre dientes el heróico insular: era un capricho. Hacia mucho tiempo que deseaba tener una cuerda de ahorcado, y aproveché la oportunidad.

—Es cierto, replicó el húngaro; se me olvidaba decir que milord únicamente pidió como indemnización al ahorcado le diera su cordel, y debo añadir en honor de la verdad que se condujo como hombre reconocido, y se le entregó con mucho agrado.

¿Qué te parece la narracion? Lo que es á mí me sorprendió por su originalidad. Sucedióronla otras, porque el *madgyar* era verdaderamente inagotable: no te las repetiré, porque habia dejado de prestar atencion. En aquel momento atravesábamos una larga serie de largos tunnels, y saliendo de las llanuras del Rhin caminábamos por un terreno maravillosamente pintoresco. Desde entonces miraba con

avidez aquella sucesion de llanuras, de collados admirablemente cubiertos de árboles, de ruinas y palacios góticos, de risueñas casas de campo, de herrerías y fabricas monumentales, que hacen de esa tierra un país encantado, y se prosigue por una línea de mas de treinta leguas hasta mas allá de la ciudad imperial, en el hermoso país de Lieja.

Pocos instantes despues ya habiamos llegado; en el desembarcadero me separé de mis compañeros de viaje, ocupados como yo en recoger sus equipages, y segun la indicacion que me habian hecho en Colonia, mandé que me condujesen á la fonda Nueleus, que es muy buena, y se halla situada en uno de los mejores puntos de la ciudad, dando cara á la fuente *Elisa*.

Todavía era temprano, y á pesar de lo avanzado de la estacion, el cielo estaba sereno y despejado. En cuanto me desayuné me apresuré á visitar la antigua ciudad, tan querida al grande emperador de Occidente. Cuando salia de Nueleus se me ofreció un guía, con unos modales tan atractivos y delicados, que á pesar de mi aversion sistemática hacia esa especie de papagayos oficiosos, acepté sus servicios, que tasó él mismo en la moderada cantidad de medio thaler.

Segun el uso antiguo y solemne, comenzamos por dar la vuelta de rigor á los alrededores de la ciudad; fuimos á Bercette, á probar las aguas thermales y á admirar el viaducto: luego á Frankenber, y despues á Louisberg, deliciosa montaña de recreo con kiosko, fonda, café y todos sus accesorios, á donde se va á beber (no agua), cantar, reir, dormir la siesta y hablar con las señoras. ¡Que no pueda presentar ante tus ojos, y hacer pasar á tu corazon, como yo lo siento todavia, todo el encanto de esa rica naturaleza germánica!... Pero renuncio á ello, porque no poseo el talento descriptivo, y porque nunca he sido partidario de los paisajes á la pluma.

Desde el Louisberg, en donde la vista descubre un panorama inmenso y tres reinos, la Holanda, la Bélgica y la Prusia, fuimos á visitar un monumento, que sobre una eminencia vecina, se halla dedicado á un triste recuerdo, el del juramento federativo que en aquel sitio apartado hicieron en 1814 los tres potentados aliados, los emperadores de Austria y Rusia y el rey de Prusia, de perseguir hasta el esterminio al Carlo-Magno de los tiempos modernos, y abatir el águila imperial. Una especie de pirámide ó de obelisco, con un grupo de tres cabezas esculpidas en mármol, atestigüa aquella conspiracion coronada, que seguramente no vale lo que la de los tres suizos, ni por la desigualdad de la lucha, enteramente provechosa para los conjurados, ni por los peligros de la empresa, ni por la nobleza del objeto.

Cuando volviamos á entrar en la ciudad y atravesábamos el *Compesbad* junto al paseo del *Beud*, me llamó la atencion un edificio á la italiana bastante vasto. El piso bajo le ocupan una tienda de grabados y estampas y una hostería.

—¿Quereis pasar aqui la noche, caballero? me preguntó repentinamente mi cicerone.

—Decidme por qué, si gustais.

—¡Hermosa casa!... ¿no es verdad? Es la *Nueva Redoute*.

—Bien, ¿y qué?

—Aqui es en donde se juega: ¿quereis verlo ahora mismo?

Como no tenia intencion de pasar la noche en el juego,

por razones fundadas, que espondré mas adelante si hubiese necesidad, y como por otra parte sentiria dejar á Aquisgran, sin haber visto aquella hermosa casa como la calificaba con entusiasmo mi guía, acepté la proposicion á título de *mezzo término*.

—Si se trata solo de ver, dije á mi cicerone, no tengo inconveniente: entremos.

Subimos al piso principal, y nos encontramos en un frascati adornado con una magnificencia pesada y melancólica, en donde el gusto no trataba de competir con el lujo. La ruleta se ostentaba alli con todo su aparato, pero muy pocos la hacian la corte. Los verdaderos jugadores necesitan el humo de las luces, y el veneno del insomnio. Dos eran los que llevaban la banca y su fisonomía me chocó estremadamente: el uno, alto, flaco y huesudo, tenia la nariz prominente y el aspecto atrabiliario (iba á decir patibulario y me acusó á la faz de toda la Albion), del grande Wellesley, duque de Wellington, con quien tenia realmente mucha semejanza, como podrás juzgar por una de las viñetas adjuntas. El otro grueso, pequeño, calvo é innoble, tenia la cara ancha y la frente deprimida de los batracianos: al ver su piel amarillenta y su hocico arrugado, hubiérase creído que era una rana conservada que acababan de extraer del alcohol. Aquellos hombres tenian algo de feroz y repugnante propio de las gentes de su profesion; pero la grosería y la dureza marcadas en cada arruga de su rostro me parecieron que escedian al génio brusco y al mal humor de todos sus iguales.

La larga paleta que cada uno manejaba sobre el verde tapete casi siempre volvia vacía: no era la hora del juego, y hubieran podido ahorrarse el articular á cada golpe su monótono, ¿no va nada mas? porque visiblemente nada iba ni podia ir todavia.

Así es, que me quedé muy sorprendido cuando al dirigir una mirada á la fila de puestas ó puntos muy claros é inactivos que rodeaban la mesa, vi á mis tres compañeros de viaje el húngaro, el alemán y el inglés, sentados gravemente delante de la banca, *picando* segun la expresion usual, es decir que tenian en la mano una carta y un alfiler, de que se servian para apuntar, haciendo un agujero, el número y la sucesion de las diversas jugadas de negro, encarnado, *pasa*, *falta*, etc., pero sin aventurar entre los tres, durante mas de un cuarto de hora que permanecí alli, la centésimas parte de un *groschen*.

Me aproximé á ellos, y el húngaro me hizo una señal de reconocimiento.

—¿Ganaís? le pregunté sonriéndome.

—Es segun, me dijo, pero no os burleis: yo no soy mas que un profano, pero en mi vecino, continuó señalándome á lord S... encontrareis uno de los mejores y mas intrépidos jugadores que se han visto en los grandes tapetes del universo. Ahora no quiere jugar: se limita á tomar notas para la noche, y ese caballero y yo le acompañamos en su tarea: está de muy mal humor.

En efecto, milord parecia sumamente ceñudo.

—¿Pues qué le ha sucedido? pregunté.

—Se le ha extraviado una cajita que apreciaba muchísimo y de la que no se desprende nunca.

—¿Y en dónde la ha perdido?

—En el camino de hierro.

—Pues entonces la recobrará.

—Así lo espero. Ved que alterado está... ¡Ah! ¡ah! la banca tendrá que asegurarse bien, porque lord S... la declara la guerra... Acaba de picarse en el juego.

—¿Y cómo es eso?

—Mirad.

Era efectivamente ciento: una gota de color de púrpura se veía en el dedo del gentleman. Al picar la carta, por un movimiento convulsivo se había pinchado con el alfiler en el dedo índice, pero al parecer no lo había notado.

Aquella afición tan singular en un simulacro de juego, me causó grande asombro, pero como no tenía ningún motivo particular para profundizar aquella extravagancia británica, á los pocos instantes, salí del salón y de la Nueva Redoute. Había visto ya bastante para mi gusto personal, y contaba no volver más, mas el viajero propone, pero el capricho ayudado de lo imprevisto, dispone.

Salimos de la Nueva Redoute y proseguimos nuestro paseo *intra muros*. Mi guía me enseñó al paso una casa que no se distingue por ninguna belleza particular, ni por ningún signo característico, pero... «el emperador se bañó en ella.» Es increíble hasta que punto han impreso una huella indeleble por todas partes los menores pasos y los menores actos de ese hombre. Podría escribirse un largo artículo digno de interés, con el título *Napoleon viajero*: contendría un catálogo de los sitios en donde se detuvo algunos momentos y de aquellos en que descansó, comprensivo además de las leyendas tradicionales que á él se refieren. Este asunto podría ocupar á Mr. Emilio Marco de Saint-Hilaire y sacar materia para muchas páginas, á las que serviría de tipo la *Abuela* de Berenguer. Mas para eso era necesario recorrer un poco la Europa, la Siria y el Egipto, trabajo que no sería en verdad infructuoso. Esa sería una excelente misión para el cronista del ex-palacio imperial: el instituto de París da tanta importancia á los coleópteros que me parece que el gobierno, sin producir escándalo, podría mandar se formase una expedición para que siguiese geográficamente todas las pisadas y los puntos de parada del gigantesco viajero.

Entramos en San Nicolás para ver un hermoso altar de madera esculpido, y encima de él tres cuadros originales de Rubens, aunque no los mejores de ese maestro: un *Crucifijo*, un *Descendimiento de la cruz*, muy inferior al de Amberes, y una *Virgen con Jesus muerto sobre sus rodillas*: en esos cuadros resaltan los toques luminosos del pintor; pero ya nos aguarda la catedral con otras muchas maravillas.

En todas las cosas se necesita método y gradación: mi guía no me permitiría ver la catedral, si primero no consentía en dirigirme á la casa de ayuntamiento, cuya visita es de rigor: se halla flanqueada con dos torres desiguales, pero muy hermosas. Por más que hice, no me fué posible admirar la estatua de Carlo-Magno, que creen adorna la plaza, y que se halla debajo del balcón de Stadt.

Haré extensiva esta observación á los detestables retratos históricos, y á los irrisorios frescos mitológicos, que deshonran en lo interior de la casa de ayuntamiento el hermoso salón en donde se celebró el famoso *congreso*, y que con este título, es la gran curiosidad del edificio.

En otro que le precede, se encuentra, entre otros muchos cuadros medianos, un lienzo de Martín de Voss, que representa el *Juicio final*. Jamás he admirado la escuela de ese maestro, pero aquella composición es una de las mejores

suyas, aunque peca por algunos rasgos de mal gusto, y entre ellos por unos diablos infinitamente menos infernales que grotescos. El colorido recuerda el de Miguel Angel, tal como nos le han transmitido las injurias del tiempo y la humedad de las paredes, y también el tono oscuro, pero lleno de efecto de los bizantinos. Casi pudiera decirse que M. Chénard ha tomado de ese lienzo la inspiración de su escéntrica pintura del *Infierno*, que se espuso al público hace dos ó tres años, y que recuerda completamente la escuela de Martín de Voss. Tal vez esa analogía será fortuita, porque si hubiese tenido deseos de imitar, indudablemente hubiera elegido un modelo de más gusto.

La catedral de Aquisgran es una obra extraña que no carece de grandiosidad. Es una amalgama confusa, pero imponente en su misma escentricidad, de una hermosa rotunda bizantina (la capilla fué dada por Carlo-Magno), y de una nave gótica de plan muy regular. Enséñase en ella la silla de mármol en donde fué colocado el grande emperador después de su muerte, y en la que quiso sentarse Federico Barbarroja, cuando hizo abrir el sepulcro depositario de los huesos gigantes (grandia ossa), del glorioso hijo de Pepino el Corto. La iglesia está poco adornada: su principal riqueza es un púlpito sin igual, regalo de no sé qué papa: es de plata sobredorada cincelada, sembrada de calcedonias y ágatas de un tamaño y peso enormes. Algunos cuadros de poco mérito, y una copia del grande descendimiento de la cruz de Rubens, constituyen todo el adorno de la rotunda y de la nave. La puerta de la sacristía es la que debe llamar la atención del viajero, si quiere ver maravillas incomparables. ¿Sois aficionados á las reliquias? pues las encontrareis por todas partes: ¡qué relicarios, qué urnas, qué joyas! Deslumbran la vista temeraria que se atreve á elevarse para mirar aquellos soles de pedrería. El ser admitido en el santuario y gozar de la vista de aquel fausto piadoso, cuesta un thaler (cuatro pe etas), lo que, entre paréntesis, me parece una simonía en primer grado: pero eso no me sorprende, porque la pasión artística me ha espuesto más de una vez en la patria de Lutero á santas exacciones de ese género.

En fin todo se reduce á un thaler, y no se vé con frecuencia un conjunto, un museo de reliquias, como el que ofrece á la vista de los fieles provistos de un escudo de Prusia, el cabildo de Aquisgran.

Las reliquias son de dos clases: las *grandes*: se espone únicamente cada siete años en una peregrinación solemne, y son invisibles sino se apronta una cantidad de thalers que no tengo deseos ni aun ánimo de poseer; trátase nada-menos que de los *santos pañales* en que fué envuelto el Salvador: del paño llamado de *San Juan Bautista*, en que fué envuelto el precursor después de ser decapitado: del *vestido blanco* que la santísima Virgen llevaba en el establo de Belén y del *lienzo* con que el Redentor tuvo ceñido el cuerpo en el Gólgota: por supuesto todo de una autenticidad y conservación perfectas, garantidas por documentos y pergaminos en debida forma.

Estas son las cuatro *grandes reliquias*: pero ¿quién podría contar las *pequeñas*, de las cuales bastarían las menores para hacer ilustre una diócesis? Las puertas del armario que las contiene, están pintadas por Albrecht Durer: un ayudante ó sacristán con una sobre pelliz poco limpia va sacando y enseñando sucesivamente, entre fulgorosos res-



plandores provenientes de los viriles y de las pedrerías que hace reflejar á la vista:

El *gran clavo* con que Nuestro Señor fué asegurado á la cruz.

Un pedazo de la *verdadera cruz*.

Un *radio* de Carlo-Magno.

Un *cuñito* de dicho emperador.

El *cráneo* del mismo.

Su *trompa de caza*.

Un *pedazo de cuerda*, con que fueron atadas las divinas manos durante la pasión.

El *cinturón de cuero* que usaba habitualmente el Redentor para sujetar su ropa.

Un *pedazo de la cuerda*, cetro irrisorio, que fué colocado en sus manos.

Un pedazo del *santo sudario*.

Un fragmento de la *esponja* que le presentaron empapada en hiel.

Una *espiná* de la corona.

El *ceñidor* de la Santísima Virgen.

El *brazo* del santo anciano Simeón.

Del *aceite* que destilaron milagrosamente los huesos de Santa Catalina.

De la *tierra* empapada en la sangre de San Esteban.

De los *huesos* de Zacarías.

Un *diente* del apóstol Santo Tomás.

De los *cabellos* de San Bartolomé.

El *occipucio* de San Atanasio.

Una *tibia* de San Spea, etc., etc.

Volvamos á la fonda Nuelens: sonó la campana que anunciaba la hora de comer, y la gran sala baja estaba ya llena de convidados. Mientras nos servían, procedí á la inspección del local. Los fondistas alemanes son unos verdaderos patronos de las artes, y el comedor de Mr. Nuelens es un pequeño museo. Veíase en él un hermoso cuadro de flores que recuerda á Gerardo Soghers, y un paisaje por el estilo del célebre Mr. Kokkoek. Este grande artista me persigue desde mi entrada en Holanda: tanto he disfrutado de sus pinturas que ya las miro con indiferencia y casi con hastío. No hay remedio: saco mi lapicero y escribo por debajo del cuadro:

—«Ya no hago C. de este artista.»

Mientras me dejaba llevar en silencio y como un verdadero galopin, de aquel arranque epigráfico, sentí que una mano se apoyaba en mi hombro.

Me volví, y vi al húngaro con sus dos inseparables lord S... y el gordo Elberfeldense.

Estaba escrito que había de encontrar aquella trínca por todas partes, ni mas ni menos que los platos de espinacas de Mr. Kokkoek.

El madgyar, hombre muy atento y civilizado para ser primo de los turcos y pariente muy cercano de los hunos, me brindó á que me sentase junto á ellos á la mesa, lo que hice con mucho gusto.

La comida, que fué abundante y digna del renombre gastronómico de la bondadosa Germania, no ofreció ningún incidente que merezca ser citado, si se exceptúa un brindis de Champaña y clarete entre mis compañeros y yo.

Después de los postres, milord que estaba muy alegre (ya había encontrado su cajita), se despojó de su formalidad natural, y de su seriedad que casi rayaba en aspereza, has-

ta el punto de convidarme, siendo extranjero, español, y no regularmente *introducido*, á tomar el café, (que había sustituido al té en Oriente) y á fumar una pipa turca en su habitación. Acepté con sumo gozo, agradecido al honor verdaderamente insólito que me dispensaba, y pocos instantes después, los cuatro estábamos tendidos en unas butacas por no haber divanes, aspirando los vapores de un excelente tabaco de Esmirna.

Un velador colocado delante de nosotros, sostenía entre varias botellas de licores, la famosa cajita, cuya posesión ó ausencia tenía el privilegio de ejercer un efecto tan preponderante sobre la parte moral (*temper*) de su propietario. El benévolo húngaro me la mostró con el dedo, y leyendo mi curiosidad en mis miradas, me dijo por lo bajo que tuviese paciencia, y mi curiosidad quedaria bien pronto satisfecha.

En efecto, tomado el café, lord S... se acercó al velador sin decir una palabra, se armó de una llavecita de oro que sacó de una cadenita sujeta á su chaleco, y la introdujo en la pequeña cerradura de la cajita.

Latía mi corazón, querido Paquito; esperaba ver brillar un tesoro, con el que no podría compararse todo el relicario de Aquisgran... un baturrillo de perlas de Cleopatra libradas milagrosamente del vinagre, algún pendiente del gran Mogol, ó algún rival del Sancy... una cajita de anises hecha de una esmeralda como la de Monte-Cristo... en fin algo de asiático, maravilloso, imposible. ¿Qué pérdida material que no sea por lo menos de un millón de libras esterlinas podría alterar la flemma de un gran señor británico?

Así pensaba yo: te acuerdas de aquel rasgo histórico ó mas bien cuento de un gran visir del Sofí de Persia, el virtuoso Ali, pastor en su juventud, y á quien mas de una vez los hombres le hicieron sentir el haber dejado sus carneros, y que sus enemigos acusaron de dilapidación de las rentas públicas, y de guardar tesoros inmensos en cierto arcon que no dejaba de visitar por lo menos una vez cada día? El sofí mandó abrir aquella hucha sospechosa. Ali arrojándose á sus pies le suplicó le evitase aquel dolor, y parecia confesar de ese modo sus concusiones. El sofí irritado insistió, y los envidiosos creían ya triunfar, cuando Ali, decidiéndose á obedecer, y haciendo saltar la tapa del cofre, puso á la vista de todos por única riqueza... un capoton, un cayado, un zurrón, y todo lo que constituiria el traje de un pastor persa.

Aquel golpe teatral que me chocó mucho en otro tiempo, se renovó para mí al abrir lord S... la cajita misteriosa: desempeñó conmigo el papel de Ali, yo representé el de los envidiosos ó el del sofí desengañado.

Hecha la autopsia del elegante *nécesser* de viaje con filetes dorados, se vió que no contenia ni perlas, ni diamantes, ni esmeraldas, ni vestidos de pastor, ni cosméticos, ni objetos de tocador, como pudiera al menos presumirse por su forma, sino ¡oh! ¡engaño!... ¡oh! ¡sorpresa!... una cuerda de cáñamo tan fresco y oloroso como si la alondra hiciese todavía en él su nido. Aquel cordel, que era del grueso de un dedo, parecia bastante largo, y estaba arrollado en una compotera de cristal verde, que formaba con aquella joya todo el contenido de la cajita.

El insular tomó el susodicho vaso con la mayor solemnidad, permaneció algunos instantes silencioso, y parecia haber olvidado el universo: luego, vuelto en sí del éxtasis,

esclamó enfáticamente, como si hablase consigo mismo y en su lengua maternal:

«Precious jewel! sinte thou art so backily to me rested y will pariake thee to-day with my friends and even with this youdg..... stranger (1)»

Y diciendo estas palabras sacó de un estuche de tafilete oculto en el fondo de la cajita unas espátulas de plata sobredorada, abrió ó destapó la compotera con precaucion, y sacó de ella para cada uno de nosotros un poco de una sustancia verdosa y poco apetitosa que nos presentó ceremoniosamente, empezando por mí.

Iba á rehusarlo, pero el húngaro que simpatizaba conmigo, me hizo seña de que tomase lo que me ofrecia lord S... y enguyendo con presteza una cucharada de aquella mistura singular, me indicó lo que debia hacer, quitándome toda desconfianza.

La curiosidad me impulsó á imitarle: el sabor de aquella droga, aunque un poco farmacéutico, no tenia nada de desagradable: recordaba bastante el gusto de ciertos dulces ó pastas de las islas de que no he hecho nunca mucho caso. El regalo fué, pues, para mí muy pequeño, y esforzándome en penetrar el secreto de aquella galantería extravagante, llegué á temer con seriedad que mi noble huésped con su cajita, su cordel y su brevage, tuviese alterado el juicio, como tambien sus compañeros.

—¡Muy bien!... dijo bruscamente lord S... tapando su compotera; *directly* vamos á marchar á la Nueva-Redonte.

—¿Venís?... me preguntó el húngaro.

—No.

—¿Y por qué?

Me habia detenido en Holanda mas tiempo del que permitian mis recursos: pensaba no permanecer mas que ocho dias, y me habia estado un mes. Como en el Haya y en Amsterdam todo cuesta á subido precio, mi provision de florines se habia disminuido mucho, y añadiendo unas cuantas libras, dineros y óbolos, apenas me quedaba en el bolsillo lo absolutamente preciso para volver á París por Lieja, Namur y Valenciennes, sin apresurarme mucho y sin tener que sufrir privaciones. No tuve, pues, dificultad ni vergüenza en confesar al madgyar el verdadero motivo de mi negativa.

—No importa, venid: me dijo.

—Temo la tentacion del juego.

—Pues bien, jugad.

—No puedo, ya acabo de deciros por qué.

—Jugad, os digo.

—No haré tal cosa.

—Pues obrareis muy mal. De todos modos venid con nosotros, pues es preciso estar en alguna parte: no teneis otro recurso, pues esta noche no hay teatro.

Esta última circunstancia, y mi horror á estar sin hacer nada, me obligaron á ceder. Cuatro minutos despues estábamos en el piso principal de la Nueva-Redonte. Aquella vez la sala estaba llena, y una triple fila seagrupaba en derredor de la mesa de ruleta. Los dos siniestros jugadores que habia visto por la mañana y que ya he descrito, estaban en su puesto y salmodiaban en tono de *miserere* su: *encarnado, par, falta, negro, impar, pasa, ¿no va nada mas?* etc., y con voz soñolienta: pero sus manos, pasean-

do la paleta á derecha é izquierda, se llevaban de cada vez montones de plata y oro, y desplegaban en compensacion una actividad sorprendente.

El inglés y el alemán sin duda se pusieron á jugar, pues los perdí de vista al entrar. El húngaro, que fué el último que se separó de mí, me dijo al oido.

—¿Pienso que vais á jugar?

—No; le contesté.

—¿Qué niñería!... vamos pronto... probad fortuna: os lo aconsejo... *hoy*...

Una especie de falsa vergüenza, y el tono singular y casi imperativo con que el húngaro me invitaba á jugar, me hicieron, como á pesar mio, sacar del bolsillo algunos thalers, de los cuales arrojé uno ó dos sobre el verde tapete, sin inquietarme por si era encarnado, negro, par ó falta.

Gané.

Repetí ocho ó diez veces la misma prueba y siempre tuve igual suerte.—Bueno, dije para mí, al ver el monton de plata que se elevaba ya á mi lado por aquella série de jugadas modestas pero felices, es necesario no irritar á Dios; ya tengo con que visitar á Lieja, Namur, Maestricht y Mons sin apresurarme, y con que explorar cómodamente las orillas del Mosa y del Ourthe: permanezcamos quieto.

Y contentándome por aquella vez con la *aurea mediocritas*, que mejor pudiera llamar *argentea*, me embolsé mis ganancias y cesé de jugar para volver á tomar el papel de espectador, que habia dejado por un momento como compelido por una voluntad superior.

El juego era muy animado, y desde luego el aspecto del combate no me ofreció nada que no estuviese previsto y fuese normal: mas poco á poco, ignoro bajo que influencia, se fué apoderando de mí un suave deliquio: sentia una especie de fiebre ó de embriaguez, que no era ni podia ser efecto del café ni del vino. Parecíame mi cabeza mas ligera, y mis ojos adquirieron de repente una fuerza de agudeza y una penetracion verdaderamente extraordinarias: lo ví todo distintamente y aun lo invisible; y merced á esta facultad tan nueva para un miope, no tardé en llegar á ser el juguete de una alucinacion estraña.

La mesa de juego de Aquisgran es un congreso hospitalario en donde son admitidas con mucho gusto las monedas de todos los reinos y de todos los paises con tal que tengan el peso legal. Una lluvia de Leopoldos, Federico-Guillermo, *Queen Victoria*, Isabel II y Luis. Napoleones, caian sobre el tapete. A fuerza de considerar aquel brillante aluvion, aquel baño de oro agitado que sin cesar subia y bajaba como la marea, creí percibir, y bien pronto reconocí sin que me quedase duda alguna, que los bustos de los soberanos ya nombrados se borran completamente de sus escudos, ducados ó guineas respectivas, para ceder el puesto á otros rostros enteramente nuevos para mí. El mayor número de aquellas caras, de las que algunas eran muy heteróclitas, no conservaban absolutamente nada de la serenidad régia; por el contrario, casi todas hacian gestos de despecho, avaricia y furor. Algunas habia tambien alegres y risueñas, pero eran en muy corto número: por lo demas, su fisonomia era en extremo movable, y mi vista seguia con facilidad hasta sus menores variaciones, gracias á esa especie de microscopio magnético ó de aquel lente encantado que desde un instante hacia, daba tanta fuerza á mi nervio óptico.

Bien pronto aquel fenómeno, por mas singular que fue-

(1) Precioso tesoro, pues me ha sido devuelto felizmente, quiero compartirle hoy con mis dos amigos, y con ese jóven extranjero.

se, palideció y desapareció ante una vision de distinto modo extraordinaria, ó mas bien esta última no fué mas que la continuacion y el desarrollo cada vez mas prodigioso.

Las plebeyas efigies que habian suplantado á las magestades reales, no tardaron en agitarse en el metálico círculo de Popilio en donde se hallaban confinadas: bien pronto fueron saliéndose de él, primero por el aumento exagerado de su relieve, y luego porque las cabezas se hundieron como por abolladura: en seguida tomaron en su exigüidad no solo la fisonomia sino la encarnacion humana. Adhirieron á ellas cuerpos liliputienses, todo se modeló y proporcionó bien ó mal, y criaturas de todo punto semejantes á nosotros, excepto la estatura que me pareció variar en la mayor parte de ellas, desde lo largo del pulgar á lo del índice, comenzaron á animar el tapete verde del cual habia desaparecido todo el numerario. Oia muy bien el sonido del dinero herido por el acero de las paletas, pero era lo único que quedaba de la antigua sonoridad y de la sustancia de los luises y escudos transformados en hombres.

Aquellos pobres myrmidones huían despavoridos de la homicida paleta del banquero que los perseguía por todas sus partes de la mesa, aunque en vano; algunas veces le hacian frente con resolucion y parecian desafiarle: entonces se empeñaba entre el perseguidor y los perseguidos una lucha encarnizada, cuyo resultado contrabalanceado y dudoso, era casi siempre favorable al primero. Entonces el jugador pigmeo, obligado á confesarse vencido, era desapiadadamente cogido por en medio del cuerpo con la fatal paleta que le conducia á la férrea mano del banquero, el cual, ¡oh horror!... tomaba á su prisionero con dos dedos y se le engullia lindamente. En menos de media hora, vi desaparecer en aquel espantoso sepulcro media docena de imprudentes liliputienses, que la mayor parte daban muestras de una violenta desesperacion. Sin embargo, uno murió tranquilamente: me parece que todavía le estoy viendo: era un jóven estudiante aleman con casquete redondo y túnica, que teniendo en una mano un talego de florines, hizo todavía con la otra muecas al banquero entre sus antropófagos dientes.

Pero lo que mas terror me causó fué que al levantar la vista por casualidad á los jugadores que rodeaban aquel temible campo de muerte, observé no solo una semejanza perfeta sino una completa identidad entre los que hacian puestas fuertes, y las miniaturas humanas que hacian esfuerzos por desprenderse de la mesa. Tenian las mismas facciones, la misma edad y el mismo traje: entre unos y otros no habia mas diferencia que la que se nota entre una estatua grande y otra pequeña. Además, aquellos mismos jugadores me parecian disminuirse y hundirse á medida que sus *fac simile* eran sobrepujados en velocidad ó vencidos en la lucha por la formidable paleta. Parecian participar, y sin duda participaban de todas las sensaciones de sus pequeños Sosies, y no olvidaré en mi vida la mirada y el gesto rencoroso y desesperado que uno de aquellos jugadores dirigió á la banca en el momento mismo, en que su retrato en miniatura, atrapado por la paleta, iba á saciar el hambre implacable del banquero. Aquel desgraciado, hombre de alguna edad y calvo, (me parece que podría retratarle) desapareció al momento del círculo y del salon, sin que yo pudiese saber ni comprender de qué manera. Al día siguiente

pude desgraciadamente convencerme, de que aquella escena incomprensible no era una pura vision.

El húngaro pasó por delante de mí, corrí hacia él como si fuese mi protector, y le referí asustado los hechos estrafños de que acababa de ser testigo; pero con grande sorpresa mia noté que ni se alteraba, ni se maravillaba.

—Teneis razon, me dijo, en no tomar todo eso por una fantasmagoria: esta noche poseeis el don temporal y sobrenatural, (y yo se por qué, pues tengo la experiencia personal de esa segunda vista), de penetrar el fondo de las cosas, de ver la realidad en toda su desnudez y de anatomizar lo vivo. ¿Qué es el juego sino un duelo á muerte, un combate de esterminio entre el banquero y los jugadores?

—Pues que, ¿es esa la terrible suerte reservada á todos los jugadores?

—No á todos: mirad á lord S...

—¿En dónde está?

—Enfrente de vos.

En mi preocupacion, en toda la noche habia fijado la atencion en el escéntrico insular, que sin embargo no habia abandonado su puesto ni interrumpido un instante un juego de los mas formidables.

Alcé los ojos hacia él, y quedé mudo de sorpresa: tenia diez codos de alto, y su cabeza amenazaba cual la de un titán al techo de la sala. Delante de él habia montones de oro y de billetes de banco: sobre el tapete se representaba la misma escena que ya habia visto, pero en sentido inverso: lord S... en miniatura no era el que tenia que luchar con la paleta del banquero, sino que este era atraído por la del opulento jugador británico. Le reconocí fácilmente, pues era el que, como ya he dicho, tenia mucha semejanza con el grande Wellesley. Su persona se habia reducido considerablemente, pero en cambio su nariz, guardadas las proporciones, era mucho mas larga que de ordinario. Luchó enérgicamente contra la fatal paleta de lord S... pero al fin fué arrastrado hasta la mano de su terrible adversario, que vengando en él tantas victimas, y abriendo una boca desmesurada, se le tragó como á una sardina.

En el mismo instante resonó en la mesa un golpe fuerte y seco, y una voz estridente gritó: «Señores, la banca ya no tiene mas.»

La banca acababa de quebrar, y lord S... ganaba nueve mil luises.

—Habeis desperdiciado vuestra fortuna, me dijo el húngaro sacándome familiarmente de la sala. Os convenia seguir mi consejo y jugar...

—Muchas gracias, le respondí, no tengo como lord S... la cuerda de...

—¡Ah!... ¡ah!... ¿con que sabeis la historia?... Pues bien, sois un ingrato; lord S... habia compartido con vos generosamente su suerte, y el *bachich* que habeis tomado esta tarde...

—¿Qué *bachich*...

—Sin duda, amigo mio; las visiones que habeis tenido.

—Al hecho... exclamé poseído de una reflexion repentina.

—Pues bien, ese *bachich* preparado por lord S... está hecho con cáñamo que proviene de...

—¡Gran Dios!...

—De la cuerda que sabeis. Buenas noches.

Al día siguiente por la mañana partí para Lieja: el con-

voy acababa de ponerse en marcha, cuando un ligero sacudimiento seguido de un grito de terror, hizo retroceder la máquina. Un hombre acababa de arrojarse en la vía, y todo el tren había pasado por encima de su cuerpo: tenía el traje de los guardas, pero ninguno de estos le reconoció: había tomado aquel disfraz para introducirse en el camino y consumar su suicidio. Vi llevarse el cadáver ensangrentado de aquel desgraciado, y era el del infortunado jugador que la víspera había desaparecido de la Redote, dirigiendo á los banqueros un gesto tan trágico en el momento en que una última vuelta de ruleta había completado su ruina.

Ultimamente volví á ver al húngaro en París: había

- ¿A quién ha dejado su fortuna?
 —A un sobrino á quien aborrecia, gran jugador como él, con condicion de que se sirva de la cuerda.
 —¿Para ganar?
 —Y ahorcarse en seguida; por lo menos eso es lo que desea.
 —¿Cumplirá el sobrino las intenciones de su tío?
 —No faltará á ellas: ¿sabeis las palabras de Fox?
 —¿Cuales?
 —No hay mas que dos grandes felicidades: ganar mucho dinero ó perder mucho...
 —¡Y bien!...



Los banqueros

acompañado al conde Telecki, enviado extraordinario de la dieta de Presburgo, y le pregunté por lord S...

—He sabido que ha muerto, me contestó.

—¿Qué me decís?

—La verdad: mi desgraciado amigo sucumbía de spleen, y se ahorcó con su cuerda.

—¿Pues qué le había hecho traición?

—Al contrario, siempre ganaba. El juego, que era su única pasión, no tenía ya sabor para él.

—¿Estaba rico?

—Era millonario.

—No hay ya felicidad en ganar, cuando no se sabe lo que es perder.

—Es exacto.

Tales fueron, mi querido Paquito, el complemento y la moral de la singular aventura, ó si mas te place, del cuento de vieja que acabo de referirte. Esto nos prueba que no se debe entorpecer la accion de la justicia en ninguna parte. Sepámoslo, y no olvidemos que entre una horca y un ahorcado no hay que cortar la cuerda.